PRESENCIA

ESPAÑA CON DIGNIDAD

El Ministro de Asuntos Exteriores de España, Martín Artajo, ha expuesto ante las Cortes la posición de España frente a la actual situación del mundo. "Hoy la paz del mundo, dijo, está nuevamente amenazada y todos sabemos por quién. En 1945, la fórmula de las Naciones Occidentales era: "apaciguar a Rusia; sacrificar a España". Ahora en 1950 el error de esta política se advierte claramente. La paz está en peligro, y a causa de esto, España, que ama la paz cristiana y la civilización occidental, está lista para ocupar con dignidad el correspondiente papel en su defensa". (*La Prensa*, dic. 15. 1950).

España ha adoptado la postura que cabe a su intachable tradición de hidalguía. Colocada en el extremo de Europa, como inexpugnable fortaleza, España conoce por su experiencia de luchas milenarias, a qué precio se ha estar dispuesto a empeñarse en la Causa de la Verdad. Ninguna nación como ella ha cumplido tarea más formidable contra el comunismo, que pretende destruir los restos que aún perduran de valores cristianos; ninguna se ha hecho acreedora a mayor reconocimiento por parte de los pueblos que pueden todavía disfrutar de ese apreciable patrimonio; ninguna tampoco ha recibido tan grandes desaires ni vejámenes por parte de estos mismos pueblos. Y, sin embargo, con la conciencia plena de que se debe servir a una Causa, que vale inmensamente más que cada uno de nosotros, Causa que, por otra parte, defiende como ninguna nuestros más elementales y primarios intereses, se entrega totalmente y sin reservas, y con toda dignidad, a su defensa.

España, en esta grave hora, señala al mundo la actitud que corresponde adoptar a todo varón responsable.

Cuán enorme la irresponsabilidad de los hispanoamericanos si, volviendo las espaldas a esta actitud ejemplar de la Madre España, se dejaran arrastrar por mórbidos resentimientos de pasión y adoptaran una actitud extraviada. Cuán enorme la culpa si la adoptaran en nombre de la hispanidad. Hispanoamérica habría rubricado su radical esterilidad.

Presencia



HISPANIDAD COMUNIZANTE

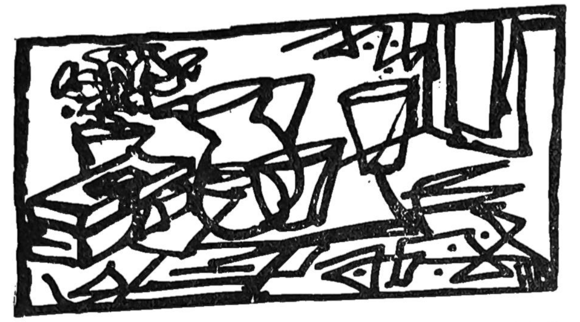
Hemos denunciado el error y el peligro, sobre todo en estos momentos de la inminente amenaza del comunismo, de una falsa tercera posición, que haría sentir sus efectos tanto en el plano de la vida —el Justicialismo—, como frente al actual conflicto internacional —la posición de los neutralistas—. Pero el asunto presenta derivaciones de la mayor importancia. Porque el comunismo, enemigo sumamente experimentado, sabe sacar el mayor provecho de los casi infinitos motivos de resentimiento que yacen en la subconciencia de los pueblos modernos. El contraste de Oriente y Occidente, las rivalidades de blancos y negros o amarillos, la puja de capitalismo y colectivismo, de liberalismo y socialismo, de civilización técnica y civilización humana, de nacionalismo e internacionalismo, todas las profundas e irritantes divisiones y desigualdades que desgarran a los pueblos proporcionan al comunismo mundial, material de primer orden para el logro de su objetivo preciso: es a saber, para la destrucción de toda huella de civilización cristiana.

Podía pensarse de inmediato que, si tal es el objetivo del comunismo, una causa tan noble como la de la hispanidad, que cobija bajo sus banderas a cuantos ambicionan recristianizar a los pueblos de Hispanoamérica, debía ofrecer un poderoso bastión contra aquellos pérfidos propósitos. Pero no es así. Por el contrario; acuciados por una sensible psicosis antiyanki —motivos no escasos proporcionan por su parte los norteamericanos—, núcleos minoritarios de hispanoamericanos se han entregado con ahinco a la tarea de difundir una original versión de la hispanidad y del comunismo, que proporcionaría estratégica base a los sagaces comunistas para operar, en unión con hispanoamericanos, la unificación bajo el signo de Marx de los pueblos de América Latina.

Una versión comunizante de la actual lucha del mundo.

Los hechos sociales —con mayor razón los internacionales, necesa-

AÑO II - Nº. XLIII



riamente más complejos— pueden aderezarse de mil maneras diferentes al gusto de los más diversos paladares. De una manera acondicionan la historia los marxistas, de otra muy diferente los maquiavelistas americanos. Lo importante y decisivo para esto, es el observatorio desde donde se mira el desarrollo de los acontecimientos. Llamamos comunizante a la versión de los actuales hechos mundiales que vamos a examinar, no tanto porque pudiera ubicarse en una concepción materialista de la historia sino porque favorece los actuales planes del comunismo. El comunismo, en efecto, busca distraer la atención de su propia perversidad para concentrarla en otros sistemas y realidades sociales que serían mucho más abominables que él. Y si hacemos del comunismo "una emanación decadente de nuestra propia civilización técnica" (Mario Amadeo, Bases para una política hispanoamericana, en *Hisponoamérica 1950*) este efecto se logra cumplidamente. Porque lo *primeramente* abominable sería la civilización técnica y no precisamente el comunismo. La Iglesia ve las cosas de otra manera. En 1846 —hace más de un siglo— Pío IX condena la "nefanda doctrina del llamado comunismo, tan contraria al derecho natural; la cual una vez admitida, llevaría a la radical subversión de los derechos, bienes y propiedades y aun de la misma sociedad humana". Pío XI, en la *Caritate Christi compulsi*, advierte que el comunismo, "aprovechándose de tamaña calamidad económica y de tanto desorden moral" como existe hoy en el mundo, despliega "al viento sin reparo alguno las satánicas banderas de la guerra contra Dios y contra la religión, en todos los pueblos y en todas las partes de la tierra".

El comunismo es ante todo una idea impía, fríamente elaborada para ser realizada en escala mundial. Por esto, el mismo Pío XI, en la *Divini Redemptoris*, condena "el sistema y a sus autores y fautores, los cuales han considerado a Rusia como terreno más apto para poner en práctica un sistema elaborado desde hacía decenios y de allí siguen propagándolo por todo el mundo". De que el comunismo pudiera o debiera cristalizar en determinadas estructuras sociológicas, no se sigue que primariamente sea un efecto o emanación de esas estructuras. El comunismo es primeramente una Idea diabólica, vale decir, una Realidad Espiritual, destinada a suplantar la Realidad Espiritual que es la Iglesia Católica.

Es claro que el Diablo sabe mucha, muchísima historia, sociología y política, sabe de ellas mucho más que Lenín, quien por cierto sabe mucho más que nuestros aprendices de Maquiavelo. Por esto, el diablo y sus agentes transfunden y encarnan esa Idea diabólica en hechos sociológicos, peculiares a la determinada condición histórica de cada pueblo. Como enseña Pío XI, el comunismo no emanó de Rusia como un producto de su estadio técnico, sino que fué llevado allí, donde la civilización técnica se encontraba en estado rudimentario, y fué llevado por quienes lo habían elaborado desde hacía decenios. No es necesario tener presente que no fué implantado porque sí. Toda una larga y compleja serie de hechos intelectuales, morales, religiosos, políticos y económicos le prepararon el terreno y, a su vez, fueron hábilmente aprovechados para su implantación. Porque el comunismo sabe aprovechar particularmente los inmensos estragos producidos por el liberalismo; estragos en el orden interno de los pueblos con la lucha de clases determinada por el enriquecimiento de unos pocos a costa de la miseria de muchos, estragos en el orden internacional con el empobrecimiento de los países coloniales y semicoloniales en beneficio de unos privilegiados emporios imperialistas. Pero el comunismo es mucho más que un movimiento de reinvindicación social. Mucho más que "la convergencia de la democracia de masas con el desarrollo industrial" (Mario Amadeo, *ibid.*). Y por lo mismo, la lucha mundial que presenciamos y que tiene como a principales contendientes a los Estados Unidos y a Rusia, no puede ser caracterizada como una lucha puramente civil entre dos bandos que coincidirían en lo fundamental y que no serían sino dos situaciones de un mismo materialismo en grado desigual de ebullición. (Mario Amadeo y Juan Carlos Goyeneche, *ibid.*).

Para ver claro en el presente asunto hay que deslindar tres peligros perfectamente inconfundibles: la amenaza de invasión de los pueblos asiáticos sobre Europa; la actual civilización técnica; el comunismo. La amenaza de invasión asiática no puede constituir el peligro principal. Desde antes y durante toda la edad cristiana se han venido produciendo estas invasiones. Pero el orden civilizador de Roma y el de la Europa Cristiana supieron no sólo atajarlas sino incorporarlas a su propio ordenamiento. Y en el caso de los musulmanes, en que acometieran con un poderoso aparato técnico, también supo la Europa cristiana oponerles un infranqueable dique. ¿De dónde arrancaba primeramente la fortaleza de la Europa? De su fe cristiana, y así como ahora la debilidad de los pueblos occidentales proviene precisamente de su anemia espiritual, la fuerza y poderío de las hordas orientales, prontas a lanzarse sobre Europa, brotan del Espíritu diabólico que ha sabido infundirles el comunismo. No nos hallamos simplemente frente a "miríadas de enjambres que obsesionaron la imaginación medioeval de Chesterton" (Mario Amadeo, *ibid.*); sino frente a los agentes satánicos del comunismo mundial que se aprestan a lanzar olas tras olas de bárbaros regimentados y equipados con los mejores pertrechos militares sobre un Occidente idiotizado por su descristianización progresiva. Lo inmensamente temible no es ni el número ni la magnitud de esas hordas ni su preparación técnica sino el espíritu diabólico que las anima y que las maneja; espíritu que ha sido inoculado en ellos después de haber envenenado e insensibilizado el núcleo primario de los pueblos cristianos.

Este envenenamiento progresivo tampoco es obra de un día ni de una generación. Comienza en las postrimerías de la Edad Media, cuando tomó cuerpo la Revolución, la gran Rebelión contra la Iglesia. Rebelión que primero se levantó *directamente* contra la Iglesia misma, en nombre del derecho divino de los Reyes, y engendró el mundo naturalista; luego se levantó *directamente* contra los Reyes, en nombre del derecho soberano de los pueblos, e inauguró el mundo burgués; y ahora se levanta *directamente* contra el mundo burgués para implantar el mundo proletario y ateo, donde no quede rastro de huella cristiana. Es una misma y única Revolución —la Gran Revolución—, dirigida contra Dios y contra Su Cristo; pero Revolución en tres etapas perfectamente diferenciadas: la naturalista, la libertaria o materialista burguesa y la totalitaria o materialista proletaria. Cada una de ellas es inmensamente peor que la que le antecede. Y su peligrosidad respectiva se ha de medir por la actitud que cada una toma frente a la Iglesia, Principio de salud de los pueblos. En la etapa naturalista, en el reinado de Luis XIV en Francia, por ejemplo, la Iglesia es respetada y favorecida, pero no en beneficio del orden universal de valores sino de Francia; en la etapa libertaria burguesa es ya despojada de toda rectoría espiritual sobre los pueblos y confinada al santuario de la vida privada; y en la etapa del materialismo proletario es perseguida furiosamente hasta ser expulsada de todas las manifestaciones de la vida privada y pública.

Como estas rebeliones mantienen entre sí internas conexiones y la primera prepara a la segunda, y una y otra a la tercera, la posterior es siempre más infernal que la que le precede, pues contiene el desarrollo completo de todos los gérmenes maléficos anteriores. Por esto, una sociedad regida por el liberalismo, como la de Inglaterra y Estados Unidos, es inmensamente más tolerable que la comunista. Porque existe una diferencia inmensa entre una y otra, no sólo por los valores que una profesa y de los que la otra abomina sino por el hecho de que en la primera, la Iglesia, Principio real de Salud, puede ejercer libremente, al menos su actividad religiosa esencial, y en la segunda esta posibilidad queda totalmente excluída. Para medir cuán importante sea esto baste echar una mirada sobre los pue-

LA INGLATERRA

Cuando se habla de la "Iglesia de Inglaterra" nadie se llama a engaño. La Iglesia en Inglaterra, como en cualquier otra parte del planeta, es Católica, Apostólica, Romana, sin aditamento a l g u n o. En cuanto se pretende agregarle algún adjetivo, se la desfigura y desnaturaliza; se cercena lo universal de su esencia, la continuidad de su tradición o la romanidad de su disciplina... o las tres cosas a la vez. Por eso nunca será suficientemente lamentada la existencia de esa realidad, de esa triste realidad, que es la Iglesia de Inglaterra.

Pero, gracias a Dios, hay otra realidad mucho más profunda y mil veces más trascendental: "la Inglaterra de la Iglesia". Iniciada en el siglo II, consumada en el VI, la evangelización de la isla dió desde antiguo copiosos frutos de santidad. La profecía de Gregorio el Grande, tuvo cumplida realización, y de la tierra de los anglos, conquistada luego por los normandos, salieron intrépidos misioneros hacia el centro y norte de Europa; de su suelo surgieron maestros eruditos para la Cristiandad, brotaron a miríadas los monjes y las vírgenes, y jamás faltaron ilustres campeones de la libertad de la Iglesia para sellar con el martirio la firmeza de su fé.

Cuando el cisma primero y luego la herejía, lograron arrancar de la catolicidad a la corona, al parlamento y a la gran mayoría de la nobleza y la plebe inglesa no faltaron, sin embargo, los cincuenta justos que pidiera el Señor para salvar a Sodoma. Mientras la "Iglesia de Inglaterra" nacía para cohonestar los adulterios de Enrique VIII, la Inglaterra de la Iglesia, la Inglaterra fiel, daba el magnífico testimonio de ese portento de santidad que es Tomás Moro. Y si hasta mucho después de los terribles desmanes de Isabel, cruel y pervertida, la "Tyburn Tree" alzada como una cruz sangrienta en medio de la vida inglesa, puso de manifiesto la saña impía de los enemigos de la Verdad, no es menos cierto que la fatídica horca hizo aún más patente la supervivencia heroica de la raza de los Becket y los Moro.

Ni las cruentas persecuciones de

blos modernos y comprobar los grandes y saludables progresos realizados por la Iglesia en Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, a base de una desmedrada y precaria libertad. Ha logrado penetrar profundamente, por vía intelectual, en minorías influyentes. Por allí ha conseguido entrar en estructuras e instituciones sociales. Que se la deje moverse libremente y, dentro de unos años, no sabemos qué influencia bienhechora puede ejercer aún en la vida pública de los pueblos. Nada de esto, en cambio, cabe en el comunismo. Porque un poder político omnipotente y despiadado, echando mano de los inmensos recursos que las ciencias modernas proporcionan para modelar el pensamiento y las reacciones vitales de todos y de cada uno de los ciudadanos, toma a su cargo la tarea de regimentar su vida. Allí está la experiencia satánica de Rusia para demostrarlo.

Para disminuir la peligrosidad del comunismo y aumentar la de la civilización americana se recurre a una simplificación engañosa haciendo de una y otra forma de vida productos de la "civilización técnica". Ninguna, ni la más mínima referencia para indicar qué se entiende por civilización técnica. Pero, ¿qué es lo que abominan cuando hablan de civilización técnica? ¿Acaso el uso de instrumentos que proporcionan una mayor y más variada cantidad de bienes útiles para el abrigo, protección, bienestar y solaz humano? Pero, ¿puede haber civilización sin un mínimo y rudimentario instrumental técnico? ¿O para huir de toda técnica habrá que refugiarse en la selva? Sin duda que se quiere significar el repudio de una civilización "materialista", vale decir, que pone todo el bienestar del hombre en la satisfacción de sus necesidades materiales. Pero, en este caso, se procede con precipitación y falsedad si se coloca en pie de igualdad a la civilización de los Estados Unidos y a la de Rusia. Porque aunque la libertad no sea el supremo de los bienes como preconiza el liberalismo, es sin embargo un bien y un bien real y espiritual sumamente apreciable, cuya existencia se ha de estar dispuesto a defender a costa de la propia vida. Y este bien de la libertad *existe* en los Estados Unidos y ha sido totalmente eliminado en Rusia. No se debe forzar la novela de Gheorgiu, "La hora veinticinco". Después de todo es una novela, cuyo argumento no puede aceptarse con el rigor de una demostración, más cuando para dar color a la tendencia totalitaria que se va acentuando en todos los pueblos modernos, presenta a los americanos en un régimen de emergencia, cual es de guerra. Porque hay un hecho real, hecho de bulto, que no se puede escamotear sin una evidente grosería, y es que en los Estados Unidos las fuerzas del Espíritu, la Iglesia Católica, por de pronto, la actividad cultural y científica, además, se desenvuelven con libertad, y por lo mismo fecundamente, y, en cambio, en la Rusia soviética ha sido totalmente proscripta su más elemental posibilidad.

Esto no implica hacer la apología de la civilización norteamericana, sino poner cada cosa en su lugar. Una convivencia bajo el signo de la libertad es preferible, inmensamente preferible, a una convivencia bajo el signo de la domesticación inhumana. Porque si bien es cierto que la civilización verdadera debe estar bajo el signo del Bien, y que cuando el bien es substituído por la libertad se camina a un régimen de domesticación, siempre es éste más intolerable y perverso que el régimen de libertad.

DE LA IGLESIA

los siglos XVI, XVII y XVIII, ni la pujanza liberal y mercantilista del siglo XIX, lograron extinguir la vida sobrenatural en Inglaterra. En plena epifanía de una majestad imperial radicalmente anticatólica, frente al esplendor victoriano y al brillo de sus hombres de estado, sus almirantes y sus poetas, el catolicismo renovó sus bríos. El Papa Pío IX restableció la jerarquía, y los Wiseman, los Newman y los Faber demostraron hasta qué punto perduraba la fecundidad cristiana de la isla de los Santos. Y así se ha podido llegar a esa grey de selección que alborozado saludara Pío XII al cumplirse el último 29 de Septiembre el primer centenario de la "Universalis Ecclesiae".

Pero sería negar la evidencia desconocer que si hay una Inglaterra de la Iglesia, persiste aún la Inglaterra enraizada en la herejía, que es precisamente la que detenta el poder temporal sobre la nación. Una fuerte melancolía embarga el alma cuando, a través de las formas externas, celosamente conservadas, se percibe el despojo de su contenido cristiano, llevado a cabo por la fobia "antipapista". La liturgia vacía de la Iglesia oficial, la misa que no es misa, los obispos que no son obispos, el rey sin unción, son meros arquetipos de lo que justamente puede llamarse la hipocresía anglicana.

Sin embargo la hipocresía es también un testimonio. Frente a esas formas vacías, cabe repetir las lamentaciones de San Gregorio cuando "observando los muchachos de los ingleses dolíase de que hombres de rostro tan lúcido fuesen posesión del príncipe de las tinieblas, que a tanta hermosura de fisonomía correspondiese un alma vacía de alegría interior ...y que la imagen de Dios fuera manchada por la antigua serpiente". Y cabe también añadir con el santo optimismo profético del gran pontífice: "tienen faz angélica y, como tales, deben ser en el cielo compañeros de los ángeles".

Porque, al fin de cuentas, en el día de la cuenta final, la Inglaterra de la Iglesia eclipsará en su gloria al aborto herético que habrá sido la iglesia de Inglaterra.

BOANERGES



Una versión también comunizante de la hispanidad.

Los grupos que estamos censurando, después de haber adulterado el cuadro de fuerzas que se presenta hoy en el mundo con el propósito de "revalorar" de alguna manera al comunismo, van a alterar también el problema de la hispanidad, dándonos de ésta una versión que coincide, en el uso práctico, con la de los comunistas. Para apreciar esto en todo su alcance nada mejor que refrescar la idea auténtica de la hispanidad, tan luminosamente expuesta por Ramiro de Maeztu en su siempre actual libro, "Defensa de la hispanidad".

Ramiro de Maeztu demuestra que "el valor histórico de España consiste en la defensa del espíritu universal contra el de secta. Eso fué la lucha, dice, por la Cristiandad contra el Islam y sus amigos de Israel. Eso también el mantenimiento de la unidad de la Cristiandad contra el sentido secesionista de la Reforma" (pág. 189). En realidad la hispanidad no es sino la Cristiandad, adaptada a la empresa española. Advierte, por otra parte, el mismo Maeztu que "la crisis de la hispanidad es la de sus principios religiosos". Y añade: "Hubo un día en que una parte influyente de los españoles cultos dejó de creer en la necesidad de que los principios religiosos en que debía inspirarse su gobierno fuesen al mismo tiempo los de su religión". Maeztu ha visto con plena lucidez cómo la crisis de la hispanidad no ha consistido *primeramente* en la decadencia cultural española ni en la desunión entre sí de los pueblos de América o en su desvinculación con España, o en su afrancesamiento o en su absorción por Inglaterra. No. La crisis *primeramente* consistió en que penetró tanto en España como en América la revolución antricristiana; penetró con el despotismo ilustrado de Carlos III, con el liberalismo luego y más tarde con el socialismo.

La crisis de la hispanidad es la misma, en substancia, que la crisis en que había entrado la Cristiandad. Cierto que en España, gracias a la obra admirable de la Contrarreforma, la Revolución anticristiana no penetró con la profundidad que en Inglaterra, Alemania y Francia. Pero penetró lo suficiente como para disolver la reciedumbre fecunda del espíritu español que tan magníficas empresas realizó en los siglos XVI y XVII. Y al hacer crisis la hispanidad, como había hecho crisis la Cristiandad, quedaron sobre el antiguo contorno geográfico, restos de pueblos desvirilizados y divididos, expuestos a ser presa de la piratería del liberalismo burgués, entonces con universal poderío.

Frente a esta concepción, algunos grupos entregados a la noble causa de la hispanidad, han difundido otra versión que hace de Hispanoamérica un reducto contra los Estados Unidos. Para éstos, la Hispanidad sería lo mismo que un antiyankismo. De aquí que toda su preocupación y afán se concentre en activar grupos minoritarios en los diversos países de Latino América que mantengan vivo el odio contra los Estados Unidos. Para ello emplean inconscientemente el siguiente esquema: Estados Unidos es igual al liberalismo puro; Hispanoamérica es igual a la causa de la Cristiandad. Luego hay que odiar a los Estados Unidos y levantar contra éstos a los pueblos unificados de Iberoamérica.

Es fácil advertir cuán grave es el error de estos hispanoamericanos patentados. Porque no es verdad que los Estados Unidos sean el liberalismo puro, aunque sea justo reconocer los grandes estragos que en ellos haya hecho y esté haciendo la ideología liberal. Los Estados Unidos son sanables y lo son sobre todo en la medida en que su convivencia social favorezca la acción espiritual de la Santa Iglesia. Y en este sentido hay que reconocer los enormes progresos que año tras año viene realizando la religión católica. Como índice demostrativo baste indicar que produce vocaciones para "exportar", para exportar a Chile, Bolivia, Brasil, Perú, etc., y pronto hasta a la Argentina, si no se pone remedio a la actual escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas. Decimos esto no porque deseemos que vengan a nuestras tierras sino para destacar que lo deplorable no está en el hecho de que vengan a evangelizarnos sino en haber puesto las causas para hacer necesaria su venida. Es necesario terminar con estos mitos de la Gran Argentina, de la Gran Hispanoamérica —mitos de "engrupimiento"—, que lejos de estimular el esfuerzo necesario para reaccionar contra los vicios que devoran nuestra interior substancia, alimentan una falsa idea de una superioridad y perfección que no tenemos y nos impiden ver, en cambio, las virtudes que poseen otros pueblos. La retórica verbosa con que se manejan ciertos vocablos acaba por ocultarnos la postración con que se desenvuelven nuestros pueblos. Hablamos del "materialismo americano" como si fuera pa-

trimonio exclusivo de ellos y no también nuestro. ¿Acaso el socialismo —etapa más avanzada en el camino del materialismo que la ideología liberal— no ha cobrado un desarrollo mayor en Méjico, Bolivia, Chile y aún en la Argentina, que en los Estados Unidos? ¿Y en este materialismo, menor ciertamente que el de Rusia soviética, ponen sus esperanzas estos retóricos propagandistas de hispano américa? Adecuadamente les cabe entonces el juicio *ex cathedra* que acaba de pronunciar solemnemente uno de sus pontífices. "El poner las esperanzas, dice Juan Carlos Goyeneche, (*Hispanoamérica 1950*), en un materialismo porque se halla en un grado de ebullición menor que otro es dar prueba de miserable fe y falta de resistencia moral".

Es una obligación imperiosa denunciar con energía esta falsa y peligrosa concepción de la hispanidad. La hispanidad es en la escala de nuestros pueblos lo que la cristiandad en la escala universal. Porque hemos sido infieles a ella hemos caído en miserias que, en menor o mayor grado, afligen hoy a todos los pueblos. Para salir de ellas, hemos de movilizarnos, no unos contra otros, sino contra el espíritu de la Revolución anticristiana, que quiere, en estos momentos, dar un paso más y establecer universalmente y de manera efectiva, su etapa proletaria y atea. Hay que oponerse a ella con todas las armas, con las espirituales y con las materiales, con todas las que sean necesarias y que estén a nuestro alcance. Pobres de nosotros si en el momento en que la Revolución anticristiana está a punto de implantar su etapa más infernal logra engañarnos, pintándonos de manera tan horrible el rostro del imperialismo capitalista, que nos llegue a hacer agradable y aureolado de no sé qué halo de heroísmo su propio y espantoso rostro.

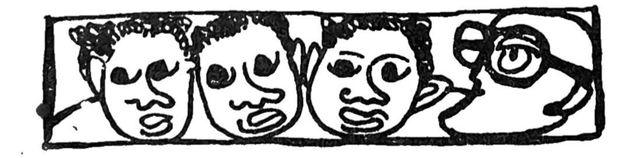
Hispanoamericanos y comunistas ayuntados en una causa de muerte.

Si el comunismo es la emanación decadente de la civilización técnica, si el macizo de ésta se encuentra en los Estados Unidos, si Hispanoamérica es el refugio de las virtudes de fortaleza con que la España de los siglos XVI y XVII asombró al mundo, fluye sola la consecuencia, es a saber que Hispanoamérica ha de reactualizar hoy aquellas hazañas y marchar contra los Estados Unidos. Los Estados Unidos: he aquí el enemigo. Pero estos utopistas tienen también ahora que ir a la zaga de otros más astutos que se les han adelantado. Porque los comunistas, los primeros, han visto que América Latina ha de unificarse en contra del imperialismo yanki. Y por esto, no en vano, estuvo Trotsky en Méjico y adoctrinó y disciplinó con la mejor escuela a las vanguardias comunistas que están operando desde hace años en cada una de las repúblicas americanas. No en vano, el libro más significativo sobre la materia ha sido escrito por el comunista Jorge Abelardo Ramos (Ediciones Octubre 1949, Buenos Aires). No en vano, en este momento de efervescencia entre los grupos juveniles, los comunistas destacan a sus hombres más experimentados para que se mezclen entre los grupos dinámicos e influyentes y con astucia modelen la opinión; y así el mismo Ramos aquí en Buenos Aires frecuenta los grupos y peñas de estos hispanoamericanos, se ve y conversa con sus elementos más destacados. Y es claro que Ramos, como buen comunista, sabe que teoría y práctica van juntas, y sabe cómo hacerlas ir juntas, después de las magistrales lecciones de Lenín y Trotsky. El hecho cierto, cada día más verdadero, es que los comunistas están utilizando a grupos de muchachos católicos, ingenuos, utopistas, para *esta* propaganda de antiyankismo que se identifica totalmente, en el plano de la acción, con la actividad comunista.

No vamos por ahora a entrar en mayores detalles. Podemos asegurar a nuestros lectores que primeras figuras del comunismo en la Argentina han expresado su satisfacción por la marcha de la opinión pública referente al conflicto internacional y sobre todo por el comportamiento que al respecto han adoptado ciertos grupos nacionalistas e hispanistas. Y, ¿cómo no estar satisfechos si grupos minoritarios de influencia entre jóvenes universitarios y aún entre dirigentes obreros católicos se desenvuelven en la órbita filocomunista? ¿Cómo no estar satisfechos si han logrado enardecer a estos grupos para que en este momento gravísimo para la cristiandad editen y difundan hojas e impresos que entran fatalmente dentro del objetivo de la actual campaña comunista latinoamericana? ¿Qué resultado más auspicioso puede pretender el comunismo en Hispanoamérica que el haber persuadido a los católicos para que trabajen en sus propios y bien precisos objetivos?

Para terminar, vamos a salir al cruce a una objeción con que algunos pretenden invalidar nuestra posición. ¿Entonces, dicen, hay que concentrar todo el esfuerzo contra el comunismo y aceptar los desmanes vilipendiosos cumplidos por los Estados Unidos en Méjico y en los países del Caribe y de Latino América? No. No es esto necesario. Hay que oponerse a los atropellos yankis pero no hay que hacer del antiyankismo el primero y fundamental de todos los problemas. Sencillamente porque no lo es. Empeñarse en ello sería falsear el cuadro de fuerzas que se plantea en la realidad. Si se tiene una cabal y justa idea de que la hispanidad se propone la reconquista cristiana de nuestros pueblos, la lucha habrá que dirigirla *primeramente* contra el punto en que se lleva todo el esfuerzo de la Revolución anticristiana, es a saber, contra el comunismo, empleando en eso todas las fuerzas que puedan concentrarse. Al mismo tiempo, y sin descuidar el objetivo primero y central, sin acumular momentáneamente motivos que puedan debilitar su logro, hay que reclamar contra los Estados Unidos por su injusta y nefasta política de absorción imperialista; hacerles entender que en ella no los acompañaremos y nos opondremos con toda la energía que la prudencia aconseje. Nos opondremos, no en virtud de una hispanidad falsa y deletérea, de una hispanidad instrumentalizada por los comunistas, sino de la verdadera hispanidad, de aquella que sabe que los pueblos —todos los pueblos, Europa y Estados Unidos y también los nuestros— están enfermos porque se han alejado de Dios y que no encontrarán su salud hasta que retornen a Dios.

Porque la eficacia contra los



LA ASUNCION

CORRESPONDENCIA

La carta de Roma que publicamos seguidamente da cabal impresión de la grandiosidad y del fervor que alcanzaron en San Pedro las ceremonias en que fué proclamada la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos.

Roma, Noviembre 25 de 1950
Año Santo

Estimado amigo:

El 31 de octubre estaba en Piazza San Pietro. Una multitud ingente se desgranaba por la ciudad, por i Borghi, hacia Castel Sant'Angelo, a Piazza Risorgimento. Se había realizado una imponente procesión. Desde Santa María in Aracoeli, nosotros, romanos de todo el mundo, habíamos paseado la imagen de la Madonna Salus Populi Romani por el Corso Vittorio Emanuele, cruzando el Tiber, siguiendo la Via della Conciliazione, hasta la Basílica Vaticana. El Santo Padre la había recibido en la Capilla Papal, desde donde rezó una emocionante oración.

Era tarde y hacía fresquito. Roma se marchaba a su casa, a cenar un poco, dormir algo, para levantarse al día siguiente bien de madrugada. Desde la semana anterior se palpitaba con el corazón en la mano, y hoy, en la víspera del magno acontecimiento, aceleraba el pulso. Poco duró el reposo. A las cuatro ya estábamos de pie. Los huéspedes colmaban el Collegio, igual que todos los otros lugares libres de Roma. Había que atenderlos, ayudarles la santa misa, etc. A las siete menos cuarto, una vez que se hubo terminado, casi todos habían volado del palomar.

Salir a San Pedro, hoy día del Dogma, a esa hora, sin boleto [1], era una ilusión. Quedaría ahogado entre la multitud. Tramé una solución. —Mira Virgen, —le dije a la Guadalupana que preside la capilla— Vos y tu Hijo divino y los Padres huéspedes, tienen la culpa que yo no pueda ver las ceremonias. Pero sábete que si no las veo, tengo decretado hacerte huelga. Mañana día de los Fieles Difuntos, no habrá hostias, ni vino, ni ornamentos preparados; serán menos misas que se celebren, menos almas que saques del Purgatorio. ¡Qué papelón, Señora!". La Virgen Santa estaba con las buenas y en vez de darme dos chirlos por mi presuntuosa oración, sonrió como accediendo a la demanda. Tomando un roquete, el más elegante que encontré, salí a la calle. El Lungotevere era un hormiguero de gentes; ómnibus de las más diversas banderas roncaban lentos hacia San Pedro. Por el camino tropiezo con unos compañeros. —¡Vamos pronto! —Vamos. Uno muy bondadoso me ofrece un boleto. Con él podría ir a la terraza del Palazzo en que se exhibe la Mostra d'Arte Sacra Internazionale. Desde allí podría dominar perfectamente el espectáculo de la muchedumbre. Pero en fin, no era sino "el gallinero" del gran teatro que en breve sería San Pietro. —"No, no gracias. Recuerda Señora —le dije en mi interior— que te pedí un "avant-scène", ¿y ahora me sales con ésto?". Hasta cierta altura se podía avanzar en la Plaza; pero pronto comenzaban las barreras, los guardias, policías de los más diversos colores. Afortunadamente en la barrera que cercaba la Colonnata se abría una puerta, con sendos inspectores, que canturreaban "biglietto in mano, biglietto in mano". De buena fe traduje: "roquete a la mano, roquete a la mano", y enarbolándolo pasé, quedando así adentro, frente al Portone di Bronzo donde montaban guardia los suizos. El Portone también quedó atrás; pero ahora tenía por delante el largo Corridore del Bernini, por donde iban y venían a toda prisa monseñores, oficiales, diplomáticos, los clérigos que integraban el coro o el cortejo, etc.

Llegado a la altura del pórtico me pregunté: ¿Cómo has llegado tú hasta aquí? ¿Para qué has venido? Mi único título era el roquete. Pobre título en Roma. Dos cantores se acercan a preguntar. —No sé, pero si ustedes tienen su boleto podemos averiguar tranquilamente. Subimos la Scala Regia. En el primer descanso nos aguardaba un gendarme pontificio, de gran parada, con toda su grande estatura, meciendo perezosamente su espada, con una mirada de "aquí no pasa nadie". En efecto, por allí sólo subían los Cardenales y Obispos. Parecía una partida perdida. —Pero hace como media ho-

atropellos de los países imperialistas no puede consistir en actos absurdos de estéril impotencia, o en elucubraciones bizantinas o en declamaciones retóricas que en realidad actúan a manera de "protección" de un mal disimulado complejo de inferioridad. La acción eficaz ha de consistir en un fortalecimiento del propio ser nacional. Y ello se cumple, repetimos, no con desahogos estériles de minorías que fomentan el resentimiento y que han de ser manejadas por los astutos aprovechadores de todos los resentimientos, sino con una sostenida fidelidad a los principios naturales y divinos que fortalecen a los pueblos.

Porque Hispanoamérica ha de recuperarse, no adoptando actitudes contra otros pueblos o aislándose de los problemas vitales que les agitan, sino tomando parte, con sentido pleno, en esta gran empresa contra el comunismo, empresa que, en su alcance plenario, importa el retorno de los pueblos a la vida cristiana.

PRESENCIA

DE LA VIRGEN

DE ROMA

ra —le dice uno de ellos sacando un boleto especial— que estamos dando vueltas. ¡Valientes guardias! Y especialmente, como decía uno de ellos, cuando tenen que vérselas con "le suore, i preti e i francesi". Nos indicó una puerta. Adentro, en unos inmensos salones se estaba formando el cortejo. Prudentemente me procuré un boleto; fué muy fácil; justificando así mi permanencia.

—Gracias Señora, te has portado como nunca. A las ocho y treinta los cantores (!) empezamos a marchar adelante. Repasamos la Scala, il Corridore, il Portone... lugares de aventura. Cuando salimos a la Plaza, la mañana estaba radiante como un cielo inmaculado. Avanzábamos por el centro. La Guardia Palatina formaba a ambos lados. Se entonaron las Letanías de los Santos, coreadas a medias con el pueblo. Lentamente subimos la escalinata. Aquí los sitios reservados a los Cardenales y Obispos; más allá las tribunas y en ellas: el Excmo. Alcides De Gasperi, miembros del gabinete italiano; las misiones extraordinarias, una española, otra irlandesa, etc.; príncipes reales; el Cuerpo Diplomático en pleno... En el centro, cubriendo la entrada principal, se levantaba el trono papal. Llegados al estrado superior, nos hicieron doblar a la izquierda, quedando a la derecha, a unos quince metros del trono. Nos seguía el cortejo del clero. Interminable. Representantes de todas las Ordenes, Mendicantes y Monásticas; el Seminario Romano, el Colegio de Párrocos, los Capítulos de las Basílicas Menores y Patriarcales... Luego el cortejo propiamente dicho. Indescriptible. Baste decir que venían unos cuarenta Cardenales y más de seiscientos cincuenta Obispos, sin contar los otros altos dignatarios eclesiásticos, Superiores Generales... Detrás, —ya lo adivinaron—, en su silla gestatoria, venía El: el Papa, aquí hay que ser lacónico. Todo lo que se diga es tiempo perdido, Es inefable. Si algo quieren vislumbrar, lean a San Juan doce, doce; y si les parece poco, a San Marcos trece, veintiséis.

La Guardia Noble se interpuso entre el trono y nosotros. Como son bien altos, traté de conquistar una columna de la fachada. Parado sobre la base podía contemplar el trono, todo el aparato de las ceremonias, la multitud apretada en la Plaza, diseminada en la Via. Cuando se inició el sagrado rito, eran las nueve pasaditas. Uno a uno se acercaron los Eminentísimos Cardenales a prestarle obediencia a Su Santidad.

Enseguida el Decano del Sacro Collegio leyó una instancia pidiéndole que con su palabra infalible coronara a la Santísima Virgen con la nueva esplendente corona del Dogma de su Asunción gloriosa.

El Coro Pontificio (no nosotros) entonó el Veni Creator. ¡Qué fervor! El Paráclito revoloteaba en la Plaza inundada en un bautismo de sol. Todos nos chistamos mutuamente, hasta que se hizo un profundo silencio. La voz eterna de la Sabiduría pronunciaba por su Vicario el irrevocable veredicto. Penetrantes como espada de dos filos fueron las palabras del Pontífice: "Para gloria del Dios Omnipotente, que regaló a la Virgen María con su especial benevolencia, para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos, vencedor del pecado y de la muerte, para aumentar la gloria de su augusta Madre y para gozo y júbilo de toda la Iglesia, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, la de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, pronunciamos, declaramos y definimos que es dogma divinamente revelado: Que la Inmaculada Madre de Dios siempre Virgen María, terminado el curso de su vida terrestre, fué ensalzada en cuerpo y alma a la gloria celestial"...

La multitud se volvió loca aclamando a la Reina de la Corte Angélica. Hasta los gigantes mármoles de los Apóstoles se sintieron estremecer. Entre tanto desde el Gianicolo veinte salvas saludaban a la gloriosa Emperatriz. Todo se convirtió en un Alleluya infinito, como de música de ángeles. Eran dos mil generaciones que saltaban gozosas en el seno de la Iglesia "Santo, Santo, Santo", "Que por salvarnos no tuviste miedo al vientre de una Virgen", "En Ti, Señor, esperé, no seré confundido in aeternum", decía el Te Deum, la única expresión que cuadraba.

Después habló el Papa. ¡Cómo miraba! Delante de El estaba el mundo y en el sermón le fué leyendo el alma: "...Generación trabajada y adolorida, extraviada y desilusionada pero también santamente inquieta en la búsqueda de un gran bien perdido"... "pobres, enfermos, prófugos, prisioneros, perseguidos, brazos sin trabajo, y miembros sin techo"... "por fin este día tan suspirado es Nuestro; es vuestro"... "Desde este pedazo de cielo"... "levantad la mirada hacia Aquella"... "la humilde niña de Nazaret"... "cuya alma fué traspasada por una espada al pie de la Cruz, y hoy contempla sin titubear el eterno esplendor"... "Y ahora devotamente postrados roguemos"...

Viendo rezar al Papa, yo también recé: por la patria, las autoridades civiles y eclesiásticas, mi familia, el Seminario, ustedes, el Congreso de Rosario...

La Mamá repartía la torta en aquel momento; tenía que sacarle una buena tajada.

Casi junto al trono, un poco hacia atrás, estaban los micrófonos de Radio Vaticana. Se anunciaban las ceremonias en italiano, inglés, francés, español, alemán, portugués. También en idiomas raros. La Iglesia llamaba a sus hijos; repetía mentalmente sus nombres. ¡Eran tantos! Sin embargo se dió cuenta que no estaban todos, faltaban muchos. Y no, precisamente, los argentinos, que se habían quedado a rendir un apoteótico homenaje a Jesús Sacramentado. ¿Tal vez para que se recumpliese aquello del Profeta (Jeremías, 31, 15): "Oyese una voz en "Roma", un lamento, un llanto amargo. Raquel que llora a sus hijos, no quiere ser consolada" "Faltan, ¡ay! Quedan lugares vacíos entre vosotros; aún hay sitio en las caravanas de peregrinos"..., diría dos días más tarde Nuestro Santísimo Padre, al gran —casi digo Concilio—, reunido en el Aula della Benedizione. "¡Oh hijos del alma!, privados del sacrosanto derecho de la libertad, de ninguna manera yacéis en Nuestro olvido, no escapáis a Nuestra memoria; más aún, si fuera posible admitir grados en Nuestro amor para con las ovejas de Cristo, vosotros seríais los preferidos de Nuestra Benevolencia. Cada mañana dirigimos a Dios incesantes plegarias por vosotros y por las naciones a que pertenecéis. Conocemos la diferencia entre la curva y la recta, sabemos distinguir los pueblos de las ideologías"... (3-XI-50).

Ese día entendí todo ese drama de alegría y de lágrimas. Había visto una señal en el cielo: una Mujer vestida del sol, a sus pies la luna, coronada de estrellas. Un gran dragón rojo arrastrando con su cola la tercera parte de las estrellas, se le enfrentó desafiante, queriendo robarle el fruto de su seno. Pero su Hijo fué arrebatado para Dios. El dragón grande, la serpiente antigua, que se llama Satanás, intentó escalar el cielo, de donde fué precipitado por Miguel y los suyos. El dragón se ha puesto furioso y ahora se ha dado a perseguir a los descendientes de la Mujer que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús (Apoc. cap. 12). Mientras nos llegan noticias de que los obispos checos van a la cárcel, la Mujer está con nosotros y estamos seguros de que le aplastará al dragón la cabeza (Gen. 3, 15). Y es claro, "No era posible que María dejase ahora, precisamente, abandonada la Cristiandad a sus propias fuerzas". "Ella está actuando sobre el mundo en forma quizá más activa que nunca". "Es indudable que con la manifestación tan solemne de sus dogmáticas prerrogativas, María está preparando un gran triunfo. Triunfo suyo, en el que muchos hombres no creen, pero que adivinan y temen los demonios".

¡Ojalá lleguen a la Argentina los ecos vibrantes del Dogma! Que ella sea la única Madre, la única estrella de los argentinos que nos proclamamos marianos desde la cuna de la patria. Pero no olvidemos que aquellos tiempos de inocencia han pasado. Antes sólo era un liberalismo importado, ideas importadas, todo Made in England. Con el tiempo lo fuimos haciendo nuestro, de propia industria, ha evolucionado en múltiples fases; ahora, cuesta vomitar el veneno. Roguémosle para que nos haga sacerdotes; santos nos necesita la patria, nos necesita sabios, para que podamos predicar la Bienaventurada por las pampas y ciudades, así la tradición del gaucho y del inmigrante quedarán estrechadas en la fe de su Hijo Jesús, verdadero hombre y verdadero Dios.

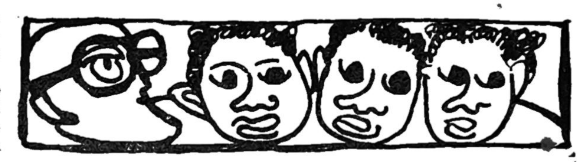
Entonces sí, seremos dignos de la hora que está viviendo la Iglesia Universal. Hora de Mártires en la Siberia, hora de Penitentes en Centro Europa, hora que ha de ser de Confesores en la Argentina y en América.

A todas estas consideraciones, se habrán imaginado que el Papa al son de las trompetas de plata había ingresado en la Basílica. El solemne pontifical estaba muy avanzado. Yo me quedé afuera. Antes de volverme quise cumplir con la pía costumbre de rezar un Credo al santo Apóstol Pedro; como no podía hacerlo junto a la Confesión, lo recé desde la Plaza: ...Creo en la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, en la Comunión de los Santos, ...la Asunción de la carne y la Vida perdurable. Amén.

Bajando me encuentro con un Padrecito, un seminarista del Menor, peregrino que venía en la San Ignacio de Loyola. No lo conocía; su sombrero se encargó de descubrirlo.

Tengan buenas vacaciones y felicísimas Navidades. Affmo. en Xto.

(1) Los boletos son repartidos gratis por la Anticamera Pontificia, para la disposición del público y mejor desenvolvimiento de las funciones.





AL MARGEN DE LA NEGOCIACION

El nuevo *impasse* en la negociación sobre las carnes, nos da tiempo para reflexionar sobre el asunto. Las esperanzas que habíamos abrigado, acerca de una solución mejor que la vuelta al comercio bilateral con Inglaterra, se esfuman a medida que pasa el tiempo. La situación internacional se torna desfavorable para nosotros. La reciente entrevista Truman-Attlee, a la que el primer ministro británico concurrió acompañado de una nube de expertos financieros y económicos, en circunstancias graves para la alianza de los países anglosajones, nos recuerda demasiado otra similar, de cuando Hugh Dalton fué, una vez empezado el bloqueo ruso de Berlín, a pedir en Washington autorización para decretar la inconvertibilidad de la libra, dejando en suspenso la cláusula del tratado anglo-norteamericano de 1945, que obligaba a Inglaterra a pagar nuestra carne (como los otros abastecimientos hispano-americanos) en dólares. Pero hasta que la negociación no se concluya no podemos abandonar nuestra tarea de esclarecimiento, por escaso que sea el influjo que tengamos en la opinión. El pequeño resultado que obtengamos será inmenso, en comparación con la inconciencia ambiente.

Por lo pronto tenemos que felicitarnos de haber hallado cierto eco en los órganos tradicionales de la opinión liberal. A los dos días de aparecido nuestro artículo anterior sobre el problema, "La Nación" escribía comentando el balance del Banco Central, sobre el rubro "Intercambio y divisas": "Poseemos poco oro. Respecto de las divisas, con excepción del dólar, que casi tiene la misma circulación que el oro (también tenemos pocos dólares) por lo general sólo sirven para cancelar compromisos contraídos en los países de procedencia y, a veces, en algunos mercados inmediatos. Esta discriminación tiene mucha importancia, ya que muy frecuentemente los países compradores y, por lo tanto, suministradores de divisas, no están en condiciones de proporcionar los bienes que requieren sus proveedores, quienes entonces se encuentran poseyendo muchas divisas sin utilización práctica posible, al no ser aceptadas éstas en los mercados que pueden vender los artículos que necesitan. Esta situación obliga a los países exportadores a comprar a sus clientes artículos que no siempre se adaptan a las exigencias de los consumidores, *hecho que suele traducirse en serios perjuicios para la economía de la respectiva comunidad*". Dado el conocido apego de "La Nación" a las tradiciones económicas nacionales, el miembro de frase subrayado, era lo más que podía decir acerca de los perjuicios sufridos por el país al cobrar por su saldo exportable de carne libras inconvertibles. Y "La Prensa" dedicó algo después un editorial a la incertidumbre que nosotros señalábamos sobre si éramos acreedores o deudores de esas mismas libras inconvertibles.

Cuando estos síntomas auspiciosos parecían señalar un adelanto de la razón pública, y reforzar la posición argentina en la negociación, un intempestivo comunicado de la Sociedad Rural vino a debilitarla. Esa ponencia difundida profusamente, neutralizaba el efecto que aquellos esclarecimientos periodísticos podían surtir en una opinión cuya atonía sobre el asunto es clásica. Pues era un panegírico exaltado de Inglaterra, a la que llamaba "abastecedor responsable", expresión que desmentía el aserto de que el cobro de libras inconvertibles ocasionara perjuicios a nuestro país. Ya que si fuera verdad que el cliente inglés nos abastece con responsabilidad, tendríamos todos los artículos requeridos por nuestras necesidades.

Como la realidad argentina de nuestros días dice todo lo contrario, y la carencia de abastecimientos ingleses es casi tan absoluta como la de toda otra procedencia, (pese a la enormidad de nuestras exportaciones a Inglaterra, a la existencia de un crecido saldo en libras del tiempo de la guerra y a la disminución de los capitales que antes volvían tan desfavorable nuestro balance de pagos), la opinión de los ganaderos no puede modificar la nuestra. Y sólo nos sirve para mostrarnos el espíritu rutinario de ese gremio, antes tan influyente en el Estado, y que con su obcecación en el error planteó las primeras causas del proceso inflacionista que sufre el país, con su secuela de crisis político-económica-social de la que sus miembros son víctimas, como los otros sectores de la clase media. Sin duda están encandilados con la perspectiva de cobrar más pesos por kilo de carne, aunque el país reciba menos libras, desde que si bien éstas se han desvalorizado con respecto al dólar, tienen premio en moneda argentina, la cual se ha desvalorizado más que la inglesa. Lo que puede darles a los ganaderos la ilusión de este milagro: Que libras desvalorizadas, y en menor cantidad, serán para ellos en el interior una fuente de riqueza, aunque ello acarree la bancarrota nacional en el mercado exterior.

Lo que no han pensado los ganaderos es que el gobierno puede haber imaginado explotar ese milagro en beneficio propio. Así parece resultar de otros hechos surgidos en el curso de la negociación. En efecto, nuestro embajador en Londres, cuyo discurso a los carniceros de la City fué tan enérgico, y señaló aspectos tan fundamentales del asunto como el aumento del precio de los combustibles y la baja del precio de la carne por la desvalorización de la libra, se dijo "muy complacido" por la declaración de la Sociedad Rural Argentina, que llama "abastecedor responsable" al cliente cuyo proceder había sido denunciado por el Dr. Hogan en aquella oportunidad. Y ahora nos enteramos de que la propuesta argentina rechazada por Inglaterra no comportaba ninguna exigencia de las que habría hecho previsible el discurso de nuestro embajador en Londres, sino únicamente el mantenimiento del precio anterior durante las negociaciones.

Entretanto una delegación argentina negocia en Londres sobre la garantía de revalorización establecida en el art. 26 del tratado de 1949, para los saldos en libras. Y con asombro leemos en los telegramas procedentes de la capital británica que Inglaterra está dispuesta a p r e s t a r n o s 25.000.000 ó 30.000.000 de libras, cuando nos debe 50.000.000. Así como que la City nos aconseja la conveniencia de emplear todos nuestros saldos en comprar maquinarias inglesas, a la vez que dice ser ya tarde para que lo hagamos, debido a las restricciones oficiales sobre los metales básicos con que el gobierno inglés quiere asegurar su rearme.

Este desaliño en los comentarios sobre las relaciones comerciales anglo-argentinas es ya clásico. Y todo el mundo se lo cree permitido. Un ex-embajador norteamericano, Mr. Guggenheim, cuyas recientes declaraciones ("La Prensa", 9-XII-50), en medio de algunos errores, contienen muchos aciertos, se permite decir que Norte América da a Inglaterra miles de millones de dólares, para que nos compre la carne que ella no quiere importar debido a la oposición de sus ganaderos. Error imputable a una información que no se mantiene al día. Porque la anómala situación descrita por Mr. Guggenheim existió hasta que se decretó la inconvertibilidad de la libra, y cesó a partir de entonces. Y el hecho de que un alto diplomático norteamericano esté a medias informado sobre materia tan grave para el asunto que él encaraba, o hable en esas condiciones, revela la desaprensión con que los dirigentes de una gran potencia tratan los asuntos de su



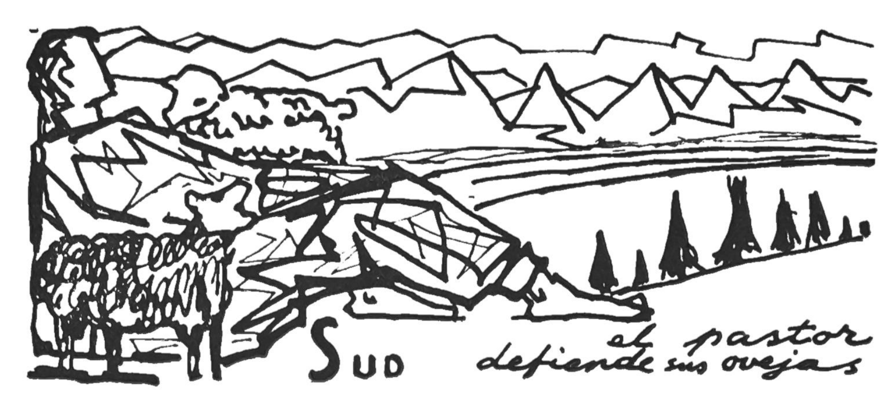
país y del mundo. Defecto que no es privativo de los norteamericanos, por otra parte.

Entretanto la carne sigue subiendo, pese al accidente sufrido por la negociación que en estas semanas parecía estar al concluirse. A los factores ya señalados, debemos agregar otros que han aparecido después de nuestro artículo sobre este tema.

Los últimos datos estadísticos revelan un sensible aumento de la población en los dos años precedentes. Ahora bien, aunque no se lo dice, es de presumir que el millón y pico de nuevos habitantes, que en buena parte, se debe al aporte inmigratorio, se halle ubicado entre la capital federal y el litoral, zonas que han llegado a absorber más de la mitad de la población nacional, debido al privilegio exorbitante acordado a la vida ciudadana por los violentos cambios introducidos en el régimen económico interno argentino. Ahora bien, si el saldo exportable era hace quince años una quinta parte de la producción, en un país con grandes sectores de población sin capacidad adquisitiva, o ubicados en regiones adonde era difícil hacer llegar la carne, aquel saldo debe haberse reducido mucho con la despoblación del agro y la concentración de enormes masas interiores en el litoral y el gran Buenos Aires, pese al aumento del *stock* ganadero entre las dos fechas. Pues el consumo ha aumentado muchísimo. Con los aumentos en las entradas de los sectores mayoritarios de la población, aumentos que si no redundan en una sustancial mejoría del nivel de vida, sirven para cubrir las primeras necesidades. Y con la afluencia a la zona productora de carne de ingentes masas campesinas y de inmigrantes.

Otros factores que permiten encarar con tranquilidad, y hasta con optimismo, la eventualidad de un fracaso definitivo de las negociaciones (si no obtenemos mejores precios y libras convertibles), como por ejemplo el abastecimiento de los países vecinos en el peor de los casos en las mismas condiciones que el mercado inglés (aunque en realidad todos ellos tienen dólares para comprarnos más de lo que les queremos vender), nos llevarían hoy demasiado lejos para el espacio de que disponemos. Si al reiniciar nuestra marcha en 1951 aún no hubiera solución, sería el caso de volver sobre el tema.

Julio Irazusta



IES Y PUNTOS

EPISTOLA AL GIMNASTA

Cuando se elogian los progresos culturales de la Argentina conviene recordar —*pro humilitate*— que en asuntos internacionales estamos más atrasados que en la época en que la Logia Lautaro buscaba una potencia protectora para el fin específico de la independencia de la España; o en que jugábamos con las ambiciones contrapuestas de la Francia y de la Inglaterra; o definíamos pleitos rioplatenses ora riñendo, ora acariciando al Brasil. Es verdad que esas actividades diplomáticas no fueron siempre recomendables y que a menudo salimos mal de nuestras intriguillas, pero también es verdad que entonces se tenía el concepto y el hábito de la política internacional, y se miraba como cosa corriente ayudar un día a los "*farrapos*" y pelear otro en Curupaití codo a codo con los vencedores de aquéllos.

Ahora, en cambio, nadie se preocupa seriamente por lo que ocurre allende nuestras fronteras, aunque se trate de acontecimientos de repercusión forzosa en el orden interno. Quizás hasta la neutralidad en la guerra pasada pudimos mantenerla hasta 1944 más bien por negativismo que por afirmación; y eso que eran evidentes las ventajas morales y materiales de una postura prescindente en querellas europeas donde nada teníamos que defender ni que ganar.

No es que neguemos nuestro celo por la soberanía política ni por nuestra libertad económica ni por nuestro justicialismo social. ¡Dios nos libre de negarlo! Solo queremos decir que la opinión pública, inclusive la aparentemente letrada, ha perdido hasta las nociones de la conducción de las relaciones exteriores. Hay una tendencia visible al ensimismamiento (signo de pesimismo) y la opinión (¡no el gobierno, entiéndase bien, por favor!) no sabe ya cómo se maneja un interés propio entre los encontrados intereses ajenos, ni lo que constituye una alianza, ni mucho menos una guerra.

Por eso nuestro artículo "El café de Puerto Rico" (nº 41 de Presencia) en que recomendábamos la participación activa en la lucha contra el comunismo, escandalizó a algunos por nuestro bélico entusiasmo. Pues la aprovincianada ciudadanía no puede ni imaginarse un batallón argentino tirando tiros en Corea o en la Europa sin suponerlo previamente sometido a la férula yanqui. Y continúa repitiendo los argumentos neutralistas válidos hace diez años, como si Stalin fuese lo mismo que Hitler o Mussolini y las recomendaciones del Vaticano tuviesen el mismo valor que las hechas antaño por Roosevelt o de Gaulle. No advierte que entre la posible guerra futura y la pasada hay una pequeña diferencia, análoga a la que encontraba entre el hombre y la mujer la sufragista bonita del viejo cuento. Y no considera que a lo mejor Dios Nuestro Señor tiene dispuesto que sea precisamente algún aviador compatriota el que haga volar de un bombazo el sepulcro de Lenín, lo que aclararía bastante, nos parece, el objetivo concretamente argentino, a la vez que mundial, de nuestra eventual campaña militar.

Mas por suerte abundan entre nuestros innumerables lectores los que conservan la cabeza serena y adhieren a nuestra tesis. Entre ellos un profesor de ejercicios físicos que, lógicamente, no le mezquina al hipotético combate si bien protesta por la incompatibilidad que atribuímos entre la *mens sana* y el *corpore sano*. Protesta justificada porque su oficio consiste en armonizar el cuerpo con el alma y no seremos nosotros los que quitemos condiciones de atletas a Licurgo, ni a Jenofonte ni tampoco a Alcibíades aunque ignoremos cómo se dice la frasecita en griego. Porque el limitado alcance de nuestra observación no se refería tanto al hombre de abultados dorsales, estrecho abdomen, arqueado pecho y erguida apostura, capaz de levantar 200 kilos en "*arraché*" de zurda, sino a las naciones que cuando están en plena forma, aptas para grandes empresas, no se preocupan de teorizar sobre sociología, política ni economía, sino que simplemente actúan y dejan que otros expliquen.

Porque si le hubiesen inquirido a Francisco Pizarro sobre la filosofía de la Conquista seguramente habría contestado: "Preguntárselo a Vicente Sierra, que yo he cojido al Inca porque me dió la realísima gana." (Y omito otras palabras que a no dudarlo salpicarían su discurso). Ahora nos devanamos los sesos encontrando razones, a cual más convincente y sutil, para nuestros queridos abuelitos del siglo XVI, pero mucho nos tememos que no las barruntasen Juan de Garay ni nuestro homónimo Hernadarias. Pues la claridad de exposición es mas bien producto de decadencia de la vitalidad (en política, entiéndese); nunca mejor explicado el mecanismo del Imperio Británico que cuando perdió la India e Irlanda. Y todos le debemos mucha más doctrina a Charles Maurras que a Blaise de Montluc; más a Vásquez de Mella que a Ramón Cabrera, "el



tigre del Maestrazgo"; más a Pepe Rosa que a Rosas. Como probablemente le ocurrirá a nuestro corresponsal gimnasta, que puesto a batir el *record* mundial de calistenia (que no sabemos bien cómo se juega) en vez de meditar en la interdependencia cerebral y muscular, pondrá todo su conato en realizar el máximo esfuerzo.

En el caso de los Estados Unidos creemos, como todo el mundo, que les falta muchísima sapiencia, y que su tosco doctrinarismo a base de democracia y filosofía iluminista del siglo XVIII, demuestra la infantilidad de sus pensadores y dirigentes; pues pretender oponer la Revolución Norteamericana a la Revolución Comunista es como oponer la grandísima madre a la propia hija. Pero mientras tanto es probable que puedan pegar fuerte, y lo que interesa es sobre todo el estado en que quedará la cabeza del común enemigo después del golpe que el estado actual de la cabeza de nuestro atlético aliado.

Tranquilícese el gimnasta. Bien sabemos (y lo hemos dicho aquí mismo) que jamás hubo alta empresa política sin acompañarse de un espontáneo espíritu deportivo. Cuando los hidalgos españoles corrían cañas y toreaban en las plazas, se andaban también por las mesetas americanas enfundándose reinos indígenas, y se paseaban por Flandes, el Franco Condado y la Italia como Pedro por su casa. Cuando los capitanes de los "*tea clippers*" ingleses corrían regatas de noventa días desde la China al Támesis, Britania regía la mar. Y la presente preeminencia deportista de los norteamericanos no se discute.

Y ahora viene a colación, una de las cosas desconcertantes de la Argentina que sólo una guerra en serio, y por una santa causa, podría explicarnos.

Pues por un lado vemos que desde 1916 la demagogia encuentra aquí eco favorable que los gobiernos, con justa y democrática razón, aprovechan electoralmente: jubilaciones a troche y moche, trabajo a reglamento, sábado israelí, turismo social, etc. Pancismo, dejadez, indisciplina, chapucería; se dan todos los síntomas —por cierto compartidos en muchos otros países— de irremediable decadencia. Pero al mismo tiempo vemos que se ganan regatas al Janeiro; que se triunfa en polo; que los automovilistas corren como diablos; y que muchas otras manifestaciones mayores y menores del esfuerzo físico y de la voluntad tesonera, desde el box a las marcas de permanencia en pileta, se cumplen en nuestro país.

¿Qué será realmente la nueva Argentina? ¿Qué reacciones químicas se habrán producido en esta retorta donde metimos tantos ingredientes, casi nunca seleccionados? Una nación, dice más o menos Ortega, es siempre una empresa futura. Tenemos la oportunidad de realizarla y quiera Dios que de las dos caras de la Argentina prevalezca la gimnástica y deportista y no la otra.

HERNANDO SUÁREZ SANABRIA

SOVIETIZACION DE LA INTELIGENCIA

La Revue de Deux Mondes (1º octubre 1950) publica un ilustrativo artículo de Robert D'Harcourt sobre el sojuzgamiento de la inteligencia en Berlín por parte de los soviets. Reproducimos sus párrafos más significativos.

Ocurrió en Berlín, durante el mes de junio de este año y mientras nos encontrábamos allí, un hecho, pequeño si se quiere, pero que nos parece lleno de enseñanzas. Los alumnos de muchas clases de los establecimientos escolares del sector oriental debían presentarse a un examen de suficiencia (passage) del que dependían sus promociones a la clase superior. Poco tiempo antes de estas pruebas, siempre bastante temidas, las autoridades escolares alemanas de obediencia soviética habían organizado en el "*Metropoltheater*" una manifestación —una de esas demostraciones en masa cuya ocasión no deja escapar nunca la propaganda soviética— destinada a dar a la sesión de Bachillerato que acababa de clausurarse una particular dignidad de acento, subrayando la importancia con que el régimen afirma enaltecer a todas las manifestaciones del pensamiento. Uno de los universitarios más señalados del sector oriental había en esta ocasión pronunciado una arenga cuyos efectos esperaba. El efecto se produjo. Y no fué el esperado: ante la elocuencia soviética, el reflejo de estos bachilleres apenas promovidos, fué una explosión de risa.

Esta reacción, que atestiguaba a la vez la frescura de los años y la independencia de pensamiento, fué seguida de una manifestación más significativa todavía que acentuaba el sentido de la primera: los muchachos habían abandonado la sala todos a una, antes de concluída la ceremonia y sin cantar el himno a Stalin de rigor.

Testimonio de no-conformismo tanto más grave cuanto que se añadía a un conjunto de manifestaciones todas orientadas en el mismo sentido de insubordinación. Alumnos de *Weissensee* (barrio popular del Berlín ruso), ¿no habían tenido acaso hace poco la increíble audacia de intentar una huelga escolar? Por fin, en muchas clases los maestros, ante la hostilidad de los alumnos, habían realizado un penoso esfuerzo para poder reclutar un número que resultó irrisoriamente insuficiente de miembros de la F. D. J. (Juventud Alemana Libre) y de "jóvenes pionniers" [1]. Se dice a veces que los regímenes políticos necesitan una oposición. Eso puede ser cierto para los regímenes llamados liberales. La observación no se aplica a los otros. Los totalitarismos no gustan de la censura y la sofocan (antes de nacer) sin dejarla empollar.

Dictadura escolar

Pronto a los signos coincidentes de pésima voluntad dados por la juventud escolar, la universidad de Berlín se decidió a herir mediante un gran golpe. La fecha de los exámenes de suficiencia de que hablamos al principio se aproximaba; la ocasión era favorable. Fué explotada el mismo día en todos los establecimientos de educación del Este de Berlín con esa regularidad de mecanismo de relojería, ese unísono en la orquestación, que son las características del régimen. Alumnos que se presentaban con excelentes notas de clase promediadas sobre el conjunto del año escolar, veían rechazado su acceso a la clase superior. La razón dada por el rigor de la medida fué uniformemente la misma: "insuficiencia en conocimientos modernos".

Al mismo tiempo que se rechazaba el pase de grado se negaba la autorización para repetir el año. La consecuencia era clara: la exclusión, y una exclusión tanto más pesada cuanto que implicaba automáticamente la imposibilidad de entrar a ningún establecimiento escolar de la Alemania oriental. Prácticamente, el alumno aplazado se veía impotente para continuar sus estudios.

El rigor usado contra algunos adquiría particular relieve frente a la indulgencia acordada a otros. Todos los alumnos que pudieron aportar las pruebas de haber tenido un "papel activo" (*aktive Mitarbeit*) en las grandes manifestaciones berlinesas de Pentecostés, se veían recompensados por su fidelidad al "progreso" mediante un aumento de varios puntos en la nota de sus escritos.

Nada más justo que la lealtad política viniera a compensar la insuficiencia escolar. Al fin de cuentas, no era "eruditos" lo que se trataba de formar, sino hombres "decididos a llenar mañana su función en la sociedad". Cómo debía entenderse este papel social, y cómo, al mismo tiempo, debían ser interpretados los recientes rigores escolares, es lo que uno de los órganos de la prensa del régimen (*Neues Deutschland*) se decidió a explicar al público alemán, ante la creciente indignación de los padres de los alumnos eliminados. "La concepción objetivista "(sic) del volumen del saber como criterio de la madurez de un "espíritu joven es una concepción "perimida y falsa. Una cosa, y "solo una, importa en el joven "adolescente: la decisión de aplicar mañana lo que se le ha enseñado en el seno de una evolución progresista".

Los términos son vagos, pero el lector alemán habrá comprendido enseguida. Habrá comprendido que una nueva malla se teje en la red que se cierra sobre él un poco más estrechamente cada día, habrá comprendido la orientación que conviene darle a su hijo si desea conservar una esperanza de verlo mañana llegar a algo. La escuela no es sino el vestíbulo del partido. Todos los caminos hacia la independencia son, de antemano, callejones sin salida.

Una palabra en los considerandos de la hoja alemana soviética nos habrá llamado la atención: el neologismo *objektivistisch*, creación del vocabulario soviético, pero bajo cuyo barbarismo hay una idea que resulta muy clara.

De todas las posiciones de la inteligencia, la objetividad es aquélla en la cual el régimen ve más instintivamente su enemigo: la actitud objetiva es ya la rebelión. El comportamiento de todos los totalitarismos es aquí, cualquiera sea su color, de una notable unanimidad. El Soviético crea el delito de *objetivismo*, pero recordemos los desenfrenos de Goebbels contra la *verfluchte objektivitat* [1] ("maldita objetividad") y la solemne declaración de Goering: "Agradezco a "la Providencia el no conocer la "objetividad".

La muerte del espíritu

A pesar de concienzudos esfuerzos se está todavía lejos del resultado buscado. El cráneo germánico sigue rebelde al "conformador" soviético. Un oficial de universidad confesaba el fracaso afirmando al mismo tiempo su resolución de quebrar el obstáculo. "Es necesa- "rio que los alemanes aprendan "cómo se sovietiza la inteligen- "cia".

La gran dificultad es la falta de cuadros. Los maestros en actividad gozaban de la general estima de sus alumnos y eran en su inmensa mayoría refractarios a las bellezas del "materialismo dialéctico". En cuanto a los encargados de curso improvisados, dóciles a las ideas nuevas y a los cuales se confiaban cátedras, se mostraban demasiado inferiores a su tarea y arriesgaban arrastrar en su descrédito personal el prestigio del régimen. Se trataba de substituir a los jóvenes maestros políticamente ortodoxos pero profesionalmente insuficientes con profesores capaces, mañana, de hacerse escuchar. Pero a dichos equipos era necesario, primero, equiparlos. El problema principal era un problema de formación intelectual. ¿No sería el medio más simple de proporcionar todo ello a los jóvenes el enviarlos primero a la escuela de los antiguos maestros, pero precaviéndose al mismo tiempo para neutralizar el veneno mediante cursos de partido?

Estas incertidumbres se leen en un artículo bastante revelador de la *Sozialistische Tribüne*, de estricta obediencia soviética: "Dos vías se "nos ofrecen para democratizar la "universidad. La primera sería po- "ner en la calle a todos los profe- "sores reaccionarios y hacer dar a "los estudiantes una enseñanza de- "mocrática por maestros verdade- "ramente democráticos. Esta vía "sería la buena si tuviéramos a "nuestra disposición un cuerpo de "enseñanza a la altura de su ta- "rea. Este no es desgraciadamente "el caso y no vemos así constreñi- "dos a tomar el otro camino: en- "viar a aquellos de nuestros estu- "diantes más firmes en la ideolo- "gía marxista cerca de los maes- "tros más calificados en su rama

"para que asimilen rápidamente "su saber y estén, en el término "más breve posible, en estado de "transmitirlo a su turno. Nos vemos entonces en la necesidad de "utilizar la ciencia de los profesores reaccionarios tanto tiempo como el que tardaremos en formar "a los que ocuparán su lugar. Para evitar que nuestros estudiantes "sean influenciados en un sentido "retrógrado, sería necesario fortificarlos ideológicamente (ideologisch stärken) haciéndolos seguir, "durante las vacaciones, cursos del "partido".

Notemos la confianza del régimen en su terapéutica ideológica. Esta seguridad, tocante a la eficacia de sus métodos para lograr de las jóvenes inteligencias la flexibilidad deseada hemos tenido ya ocasión de observarla en un jefe de servicio en sus relaciones con un subordinado. En el universo mecánico de los Soviets, los cerebros son sometidos a los mismo procedimientos de tratamiento técnico que la materia plástica. Hasta en esto los métodos de Moscú se identifican con los métodos nazis. Recordemos las *Ordensburgen* del tercer Reich, esos seminarios de ortodoxia racista, en donde las jóvenes inteligencias seleccionadas eran metódicamente amasadas hasta la más estricta conformidad al evangelio de la sangre.

En fin para terminar esta revista alrededor de los métodos empleados para "sovietizar" la inteligencia alemana, nos queda por mencionar la institución de una autoridad suprema encargada de arbitrar soberanamente los debates del espíritu. Este papa de la *Inteligenzia* reside en Jena. Se llama Walter Wolf. Es un viejo maestro al cual ha sido conferida la dignidad de doctor *honoris causa*. Ubicado a la cabeza del "Instituto de Materialismo dialéctico", central ideológica a la cual vienen a convergir todos los hilos (hay una "filosofía dialéctica", una "historia dialéctica", una biología y una física dialécticas...") está investido de la pesada tarea de cortar, en última instancia y sin apelaciones, todas las controversias intelectuales.

"Si en el curso de las discusiones "de nuestras conferencias cerradas surgen, en el plano especulativo, cuestiones litigiosas de apariencia insoluble, ellas deberán "ser transmitidas al Instituto de "materialismo dialéctico que dará "la solución".

¡Cómo todo se simplifica, entonces en este universo nuevo! No más lugar a los dolorosos debates de conciencia ni para las prolongadas incertidumbres. Se envía una carta y se recibe la respuesta: "El Instituto de materialismo dialéctico dará la solución..."

El resultado es el que se adivina y el que el testigo al cual hemos seguido y que lleva uno de los grandes nombres del pensamiento alemán contemporáneo, resume en una palabra cuando nos dice que en la zona oriental "la filosofía agoniza".

D. S. F.

[1] **Trabajadores de pala y azadón en los ejércitos.**

INSTANCIA

REFLEXIONES SOBRE "EL EXTRANJERO" DE ALBERTO CAMUS

"Como si los caminos familiares trazados en los cielos estivales pudieran conducir a las prisiones lo mismo que a los sueños inocentes". ¿Y por qué no? ¿Y por qué no suponer igualmente que los últimos "sueños inocentes" se refugiarían en el fondo de las prisiones, lugares de elección contra el peso de las leyes? Allí, una coacción padecida como privilegio sería el cebo de la libertad. ¿Pero existe una prisión más calificada que el mundo? ¿El insecto sin forma que la ley natural encierra en una crisálida, puede imaginar acaso que saldrá mariposa de alas doradas, en un mundo transfigurado en la aurora de un nuevo día? Es entonces en el lodazal profundo y fangoso de nuestra iniquidad natural, donde cristaliza nuestra esperanza.

Meursault mata, prisionero de la luz, en esa hora del día en que el tiempo está detenido y en que el destello de cada objeto es "más penetrante que toda espada de dos filos" [1]. Mata porque no puede "permanecer inmóvil" por más tiempo bajo esa lluvia de fuego que se vuelca sobre el mar y el desierto y sobre su frente. Mata porque tiene necesidad de "sombra y de reposo" y porque el único lugar con sombra está detrás de esa roca, allá, y porque además "no hay otra roca" [2] en este desierto de luz donde en el adviento del crimen el acontecimiento es una "historia terminada" y donde él caminará solo y durante largo tiempo, empujado hacia ese "halo enceguecedor". Y matará, porque no puede obrar de otra manera, y porque una última "larga lámina resplandeciente de luz" hizo descender sobre sus ojos un "velo" de "sudor acumulado". Necesidad del crimen, pues la "fuente fresca" está más allá y el "doble silencio de la flauta y del agua", pues su voluntad se ha disuelto en la luz inaguantable. La arista del tiempo está viva confundiendo el acto y la esperanza del reposo.

"Y esto era semejante a cuatro golpes rápidos que yo descargaba en la puerta de la desgracia", puerta estrecha a través de la cual la ley se deslizó. Un intervalo de tiempo, una falta de relaciones entre el primer golpe y el siguiente y la hendedura dejó pasar el absurdo, el "punto oscuro" de todo el proceso al que se anudará "sin lógica aparente" otro punto, privado éste, un punto aparte, el entierro de una madre. Y como "una raíz de amargura brotando" [3], por un juego de razonamientos arbitrarios, de relaciones éticas sometidas a los postulados de un empirismo psicológico degradante, "contaminará" la amplitud inesperada del proceso.

La ley es una intrusa que trae consigo el contratiempo, el arresto. No sólo arrincona en el estrecho espacio del calabozo, sino que pretende además circunscribir la identidad, que tratará a continuación de definir con la ayuda de algunos "por qué" farisaicos. "Ley de las obras" que esclaviza el juicio a la apariencia, "tabla de piedra", testimonio incorruptible de nuestra decadencia. Nadie tiene el poder de unirse a ella; a cada instante la alianza se quiebra. Maldición al que le toca esta túnica.

"En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último maravedí" [4]. El eje de la ley trazará en el polvo de los acontecimientos la circunferencia-límite de la irradiación de tu crimen, por la articulación de un ramal móvil (regulable a voluntad), todo un aparato judicial, juiciosamente bien montado. He aquí la verdadera urdimbre tejida con hechos cotidianos que la misericordia del tiempo había dejado pasar sin sacar "venganza ni retribución"; banal, a decir verdad, y aun vulgar, reúne indiscretamente sin prejuicios de valor, necesidades físicas, fastidio común, negligencias perezosas... conjunto positivo que una hábil dialéctica mezclará hipócritamente en ausencia de reflejos morales —elementales— para edificar el juicio, esa odiosa objetivación de una relación esencialmente secreta, la del hombre con la ley.

"Pero, naturalmente, no se puede ser siempre razonable", puesto que lo irracional rige el cielo y la tierra. ¿Qué hay de común, en efecto, entre un día de sol excepcional y la sombra fría de una corte de justicia? ¿Qué hay de común entre el cambio y el estancamiento, entre la renovación y la petrificación, entre la vida y la muerte, la letra y el espíritu? ¿Quién se admirará entonces de ser juzgado en un "espíritu de justicia" según la "letra de la ley"? La ley del talión es la justa herencia de los hijos de Caín, "porque todos han pecado y están privados de la gloria de Dios" [5]. Aparte del "buen funcionamiento de la máquina" (la demostración mecánica de la condena) "me quedaba desear que el día de mi ejecución habría muchos espectadores y que ellos me recibirían con gritos de odio". La multiplicidad lleva la señal de la bestia, inscripta en la mano y en la frente, no dando su natural iniquidad sino "frutos de muerte". "Porque el salario del pecado es la muerte" [6] y el hombre es la justificación de la ley.

La ley es el índice de la culpabilidad del hombre; ella y únicamente ella denuncia "a fin de que todo el mundo sea reconocido culpable delante de Dios" [7]. La sentencia es invariable; la que con el mismo dedo revelador escribió antaño en la "cal de la muralla del palacio" del rey Baltasar: "numerado, pesado y dividido" [8] y nadie ha sabido desde entonces hacerle contrapeso. Ella enumera, clasifica y está llena de rúbricas; es el "orden de las cosas", es la común medida del destino.

En su lógica elemental y por su extenso poder de generalización, la ley concluye que el hombre es un deudor. Luego, no conociendo sino el "precio de sangre" —la equivalencia— completamente ignorante del "don gratuito", exige el reembolso, la intervención de la muerte "por el rescate de las transgresiones" [9].

¿Qué ha cambiado después de la maldición primera, la primera consecuencia del primer acto humano? Hoy, la condenación no es sino una conclusión formal. Hoy, la génesis de la conciencia humana coincide con la revolución —el retorno de lo determinado—. Hoy, la ley es todavía el verdadero privilegio del hombre, el conocimiento del bien y del mal.

"Todo lo que de inútil había en este lugar me subió entonces a la garganta...". La representación teórica de la Justicia, por el juego escénica de ciertas alegaciones, es el espectáculo dramático del fracaso de toda justicia humana. La razón humana recorre el camino de lo concreto al encuentro previsto del absurdo, mientras que la inteligencia, la trasciende hacia los extremos de la ley. Lo relativo enseña al hombre su culpabilidad, cuando lo absoluto le revela el privilegio. Y su atención, en guardia contra toda violación pues el menor desfallecimiento provoca la avalancha de la ley, es la sombra de una contemplación apacible, primicia de la libertad, "...sólo he tenido una urgencia, que se termine y que yo vuelva a encontrar mi celda con el sueño".

Después del fallo, y del conocimiento de su condena, en su nueva celda que le permite, extendido sobre sus espaldas, ver el cielo, Meursault se pregunta si lo "inevitable puede tener una salida". Pero si lo inevitable es una experiencia práctica, como la adherencia de la ley es cotidiana, ofrece una salida negativa: el azar y la suerte. Pero "el azar tenía ya muchas fechorías en la conciencia en esta historia". La garantía que daría libre juego a nuestra confianza sería su alianza efectiva con la suerte. Pero esta pre-visión es insuficiente, pues los elementos de la realidad y sus consecuencias prácticas, ya la han desmentido. De esta manera, la causa hace prejuzgar la salida. Por otra parte, la suerte no sería más que la "hendidura" atravesando de un extremo a otro la cuarta pared de la jaula enrejada del mono de Kafka y cuyo descubrimiento fué saludado "por el grito dichoso de candor", "no era suficiente ni para pasar la cola" [10].

La salida real de lo inevitable es su ejecución capital, "la única cosa verdaderamente interesante para un hombre". El mono de Kafka no hizo otra cosa para entrar en la vida, que observar tranquilamente y luego imitar. Después de su instrucción teórica comenzaron los ejercicios prácticos. En realidad, ambos

unen sus esfuerzos: acción y contemplación consumen la existencia. "¡Ah, cómo se aprende cuando hay necesidad, cómo se aprende cuando se busca una salida! Se aprende sin consideración por nada" [10]. El perfeccionamiento perseverante de sus exhibiciones ayudó a este mono a salir de la jaula. Tratar de cumplir la ley está lejos de ser una actitud filosófica de pura complacencia. Esto exige que se "vigile a sí mismo con el látigo", que "se desgarre a la menor resistencia" [10]. Era necesario ser un mono para arriesgarse a una tal aventura, o haber comprendido que un ser de sentido común es un ser de conducta razonable pero que no razona. "Un poco de locura lo lleva a la sabiduría y a la gloria" [11]. O la razón sin locura es letra muerta. "Pues en vista de que según la sabiduría de Dios el mundo por su sabiduría no conoció a Dios, plugo a Dios salvar a los que creyesen mediante la locura de la predicación" [12].

Cuando Meursault terminaba por desencadenar su pensamiento corría hacia la posible salida que le reservaba la ley: el alba o su apelación. La tensión de su corazón, pronto a estallar a la menor señal de la proximidad de la muerte, concentraba sus noches de espera hasta la llegada del alba. El día, una juxtaposición de razonamientos equilibrados sobre la idea de su apelación, concluía en una repulsa. Pero, flujo de vida imprevisto, a la angustia del corazón durante la noche, sustituíase el día, "ese salto terrible" "al pensamiento de veinte años de vida por venir". Después del derecho a la muerte, lógicamente reconocido se presentaba el derecho a la segunda hipótesis: la gracia. Otro flujo de vida, pero éste "fogoso", "este impulso de la sangre y del cuerpo que me punzaba los ojos con un gozo insensato" decía Meursault. Este tiempo de diástole, con el acercarse del atardecer se fundía en la calma, el elemento natural que permite "transformar en caminar el salto en la vida, expresar el vuelo sublime en el paso rastrero" [13].

Por el conocimiento de la vanidad de sus pensamientos, Meursault pudo suspender la voz de su carne y aceptar su derecho a la muerte, el rechazo de su apelación. "En este momento, sólo en este momento" pudo "permitirse abordar" su derecho a la vida: la gracia. "Porque si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis" [14]. Y el grito segundo de su carne lo atestigua. Pero tal es también la paradoja que, la resignación primera por la pérdida de la vida puede volverse, por un movimiento indefinido, renovación de vida. "La fe comienza justo donde termina la razón" [13].

Por medio de la imitación, don que por excelencia toca a todo mono por nacimiento, pudo Kafka encontrar al suyo "una salida de hombre". Medio excesivamente simple, que una "atención apasionada y voraz" servirá de la mejor manera, permitiendo a la naturaleza simiesca eludirse "a grandes pasos" en provecho de una mayor visibilidad de la dirección a tomar.

La salida de hombre consistió entonces para este mono en despojarse de su naturaleza por el medio que le era esencial: la imitación. ¿No sería esa una imagen de la renovación de la que hablaba San Pablo a los Efesios, renovación "en el espíritu de vuestra inteligencia"? "No se promete nada en cambio de realizaciones que parecen imposibles; pero las realizaciones operadas, las promesas aparecen luego de golpe justamente allí donde se las buscaba en vano" [10].

Un mismo movimiento interno anima estas dos proposiciones que interfieren: el renunciamiento y el despojo; es la pasión, la verdadera salida de lo inevitable, la puerta de la ley delante de la que, desgraciado de aquél que oirá decir, pero demasiado tarde "aquí, nadie sino tú podía penetrar, porque esta entrada estaba hecha únicamente para ti" [10]. Es ella "la piedra de caída" de la filosofía, la voltereta del concepto, "la piedra de escándalo" de la moral, la suspensión del precepto [16]. Es la ley crucificada. Si la ley juzga sobre la rentabilidad de las obras, justifica sobre el absurdo de la condenación, porque es ella la contradicción esencial del juicio. "No he venido a juzgar al mundo, sino a salvarlo" [17]. Y la salvación que le aporta es el re-conocimiento de un privilegio: su derecho a la muerte. "¿Comprende, comprende entonces? Todo el mundo está privilegiado. Sólo había privilegiados. A los otros también se los condenará un día...". Y mientras la ley multiplica los decretos, alarga las listas de los castigos, ella le sobrepone la abolición de las consecuencias, porque la libertad no tiene consecuencia.

WANDA WISE

[1] Heb. 4-12. [2] Is. 44-8. [3] Heb. 12-15. [4] Mat. 5-26. [5] Rom. 3-23. [6] Rom. 6-23. [7] Rom. 3-19. [8] Dan. 5-25. [9] Heb. 9-15. [10] Kafka: La Metamorfosis. [11] Ecl. 10-1. [12] I Cor. 1-21. [13] Kierkegaard: Temor y Temblor. [14] Rom. 8-13. [15] Ef. 4-23. [16] Rom. 9-39. [17] Juan 12-47.

JOB, HOMBRE DE CONTRADICCIONES

El libro de Job es una tremenda discusión sobre el problema del mal, siendo para Claudel "el más sublime del antiguo testamento, el más atrevido; el más hiriente y al mismo tiempo el más enigmático, el más engañoso y hasta casi el más repugnante".

El tema central que origina la gigantesca disputa es aquella tesis tradicional, ya abandonada, de que Dios da a cada uno en esta vida según sus obras; tesis ciertamente falsa, incapaz de comprender que Su Justicia no se extiende a bienes temporales, aunque las acciones realizadas sean meritorias.

Job, señor acaudalado de Idumea, rico en días y obras, poseedor de grandes virtudes y siervo temeroso de Dios, es tentado tres veces por el demonio, dejándolo éste reducido a la mayor de las miserias y cubriéndole el cuerpo con una úlcera maligna hasta quedar su carne revestida de gusanos y su piel resquebrajada y hedionda, deshaciéndosele en pus. En su aflicción es visitado por tres de sus amigos: Bildad, Sofar y Elifaz. Entáblase entre éstos y Job enérgica conversación sobre la razón de los sufrimientos del justo, que compone todo el libro.

Luego de las sucesivas polémicas se agota muchas veces el tema y no pudiendo llegar a una solución satisfactoria de los problemas que transpasan toda racionalidad, (pues tratan de comprender los claroscuros más sublimes de la teología, ante los cuales, como muy bien dice Garrigou-Lagrange, "hay que poner punto final a la especulación teológica en silenciosa consideración"), concuerdan todos en que el proceder y los juicios de Dios son insondables, afirmación atestiguada por el mismo Yahveh: "¿es que vas tú a casar mi juicio?" y corroborada por su Unigénito en la parábola de la undécima hora.

El proceso psicológico que se va desarrollando en Job es diverso, y llega a tomar actitudes, a poseer estados de conciencia totalmente opuestos: de la esperanza pasa a la desesperanza, de la humildad a la jactancia, de demandante insistente a peticionador suplicante; pero siempre respaldado por su sinceridad que le hace prescindir a veces de Dios y juzgarse a la luz de su propia justicia. Su drama interno sufre, por lo tanto, alteraciones bruscas, adquiriendo matices existenciales contradictorios.

En uno de los pasajes "más hermosos de la Biblia y aún de toda la poesía universal" considera la miseria humana con cierto tinte de escepticismo y tragicidad, observable en los siguientes versículos:

"El hombre, nacido de mujer,
corto de días y harto de inquietud,
brota y se marchita como una flor
y huye como sombra sin pararse.
. . . .
Si están determinados sus días,
si el número de sus meses te es [conocido,
si su límite fijaste y no le traspa- [sará,
aparta de él tu vista y déjale,
hasta que, como un jornalero, cum- [pla su jornada.
Porque el árbol tiene una espe- [ranza:
si es cortado puede aún retoñar.
. . . .
Mas el varón muere y queda exá- [nime:
expira el hombre, ¿y dónde está?

Job emite una concepción desalentadora de la vida del hombre, que es para él angustia atormentadora, angustia existencial, metafísica, subjetiva, que Kierkegaard considera indispensable para salvarse. Pero siempre es sincero, y creemos que éste es el rasgo más peculiar y definidor de su persona, que luego Dios le premia.

Muy posiblemente, y contrastando con Job, no haya sinceridad en sus tres amigos, que reflejan posición tomada, sin verdadera convicción. Ellos se revelan defensores de la causa de Eloah; si hubiesen sido leales consigo mismos, nos parece al menos, Yahveh nada tenía que reprocharles, y sin embargo Su ira se encendió contra ellos, hacia esos "componedores de mentira" por no haber dicho de El la verdad como su fiel siervo. Este, que se ha sincerado delante de esos "médicos inanes", que ha hurgado en lo más profundo de su ser, agotando sus creencias, se ha descubierto mostrándose tal cual es, manifestando sus más íntimos sentimientos y emociones, todo ese bagaje de sentires extraños e indestrañables, todos esos estados de ánimo de génesis insospechada, indicadores del gran desconocimiento de nuestro yo, que nos muestra a Job como el creyente sincero que no tiene todo resuelto, y al cual se le presenta el Infinito ante su mirada.

Veamos las propias palabras de ese espíritu torturado de fe inquisidora que es asaltado continuamente por dudas e inquietudes hasta hartarse de ellas:

"Si me acuesto digo: ¿cuándo me [levantaré?
y cada vez que es de noche
hártome de agitaciones hasta el [crepúsculo
. . . .
Por eso no reprimiré mi boca
hablaré en la angustia de mi es- [píritu
me quejaré en la amargura de mi [alma.

He aquí como Job justifica sus lamentos. Su inquieta fe es auténtica, puesta de manifiesto al no ceder frente a las tentaciones demoníacas; sus faltas de humildad no la desmienten ni disminuyen.

La fe que Dios otorga gratuitamente, sin merecimiento personal muchas veces, tiene una obligación, que es la de ver, obligación que reside en la inteligencia, cuya ley también es ver. (Maritain). Por lo tanto la fe no es ciega, e instruye sobre las profundades divinas, siendo la que llevó a Job, en ciertas circunstancias, a hablar formalmente de la Verdad.

Luego de haber intervenido Elihú, dando muestras de jactada y ampulosa sabiduría, del seno de la tempestad hace oír su voz Yahveh, relatando los misterios de la creación de la naturaleza en cuatro admirables capítulos plenos de hermosura. Se disculpa entonces el justo varón:

Así, pues, traté, sin comprender,
de maravillas superiores a mí que [no conocía
. . . .
mas ahora te han visto mis pro- [pios ojos
Por eso me retracto y arrepiento,
sobre polvo y ceniza.

Yahveh bendijo la nueva condición de su siervo, duplicándole cuanto había poseído.

Job, estando en la mayor adversidad, gritó al cielo, le hizo violencia: "sólo los esforzados lo arrebatarán". Su espíritu se debatió entre problemas que conmovían a su ser; abordólos con mente sincera y franco corazón; ello le valió la suprema recompensa: la confirmación de su fe, la visión de Dios.

RAÚL ECHAURI

LOS ADORADORES DE LA BESTIA APOCALIPTICA

Fray León Villuendas, Obispo de Teruel ha hecho conocer una Pastoral sobre "Los Aliados y adoradores de la Bestia Apocalíptica", cuyos párrafos más destacados reproducimos aquí.

Al escribir el gran Doctor de la Iglesia, San Agustín, estas palabras [1]: "Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios edificó la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial", describió los dos bandos, los dos reinos que siempre han dividido al linaje humano: *el de Dios*, que combate asiduamente por la verdad y la virtud, y al que pertenecen cuantos, adheridos a la verdadera Iglesia, sirven a Dios y a su unigénito Hijo con todo su entendimiento y con toda su voluntad; *el de Satanás*, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que rehusan obedecer a la ley divina y eterna, y, propagadores del vicio y del error, acometen empresas contra Dios o prescindiendo de El.

No cabe duda que en nuestros días, los más genuinos representantes del reino de Satanás son la Masonería, el Comunismo y el Sionismo.

. . . .

A desenmascarar estas tres potencias satánicas del reino tenebroso del mal y del error va encaminada nuestra instrucción pastoral.

1º LA MASONERIA

No es del caso hablar aquí del origen de la Masonería, de sus ritos diversos, de sus 33 grados, de sus logias, talleres, iniciaciones y demás jeringozas de la misma; baste decir que la religión del masón se llama *de la Humanidad* con término equívoco para indicar que cabe en la Masonería cualquier forma de convicciones religiosas meramente naturalísticas, que pueden comprender desde el politeísmo hasta el ateísmo, con exclusión de toda revelación positiva. Desde su primer punto de partida la Masonería, con su indiferentismo religioso, declara guerra a la religión, que tiene en sí todas las señales de ser una verdadera religión sobrenatural, y a la Iglesia, depositaria de una revelación que se ha de extender por todo el mundo.

Por consiguiente, aunque la Masonería predique la fraternidad universal y no se canse de hablar de obras de beneficencia, es, por la misma naturaleza de esta fraternidad, irreconciliable con los verdaderos discípulos de Jesucristo, que, al introducir en el mundo, como ley nueva, la del amor entre todos los hombres como distintivo de su escuela [2], les encargó al mismo tiempo que predicasen que los que no creyesen en El y no se bautizasen se condenarían [3]. De donde resulta que toda sociedad que promueva la indiferencia o la tolerancia absoluta ante el dogma de una revelación positiva, es contraria al cristianismo y a la Iglesia que sostiene ser continuadora de la obra de Jesucristo.

Por esto, los Romanos Pontífices condenaron la Masonería. Clemente XII, en su Constitución de 24 de abril de 1738, la condenó como perniciosa para la seguridad de los Estados y para la salvación de las almas y fulminó contra los que perteneciesen a ella la excomunión *latae sententiae*. Benedicto XIV, en la suya del 18 de mayo de 1751, ratificó y confirmó la misma pena. Y Pío VII, el 13 de septiembre de 1821; León XII, el 13 de marzo de 1852; Pío VIII, el 21 de mayo de 1829, Gregorio XVI, el 15 de agosto de 1832, y Pío IX, el 9 de noviembre de 1846, hicieron lo mismo.

Quien asestó, sin embargo, el golpe mortal a la Masonería fué el gran Pontífice León XIII, mediante su Encíclica "Humanum genus", del 20 de abril de 1884 llamada también "De secta masonum".

. . . .

2º EL COMUNISMO

Es el sistema que, en cuanto económico y social, preconiza la supresión de la propiedad privada, de la familia y del poder civil y religioso en la organización social, y la sustitución del régimen individual, jurídico y económico, por un régimen colectivo que entraña la producción en común, la atribución también en común de todos los bienes, y la absoluta igualdad en la repartición de los derechos y de los deberes sociales.

En el orden religioso, es un sistema, lleno de errores y sofismas, que contradice a la razón y la revelación divinas y, por naturaleza, antirreligioso, considerando a la religión como "el opio del pueblo", porque los principios religiosos que hablan de la vida de ultratumba desvían al proletariado del esfuerzo por realizar el paraíso soviético, que es de esta tierra.

Es un hecho la rápida difusión de las ideas comunistas, que se infiltran en todos los países, lo mismo grandes que pequeños, en los cultos como en los menos desarrollados, de modo que ningún rincón de la tierra se ve libre de ellas. Mientras las naciones se querellan, y el mundo, cansado de la guerra, anda somnoliento y fatigado, el comunismo crece. Una simple ojeada nos dice que Rusia comunista aprieta con sus férreas cadenas a Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia. Crece en Italia; y, en expresión del Santo Padre, aumentan los comunistas a medida que desaparece el trabajo: a estas horas son cerca de los cuatro millones los comunistas italianos. Crece en Francia; en todo el país se rinde culto a Stalin, lo mismo que en el Parlamento y en las fábricas. El triunfo del comunismo en China es ya un hecho. En el Japón, en dos años, los comunistas han triplicado su número. Crece el comunismo igualmente en los espíritus, especialmente en la juventud. Por eso, Roma, que no acostumbra a perseguir meros fantasmas, por boca de Pío XII, ha castigado con sus anatemas ciertos extravíos doctrinales, que, sin abandonar los principios cristianos, sienten muy a fondo la tentación de colocarse al lado del comunismo. El comunismo no retrocede, sino propiamente avanza en todos los campos.

. . . .

No podía la Sede Apostólica permanecer silenciosa ante los errores y maldades del comunismo. Pío IX, en la Encíclica "Qui Pluribus", del 8 de noviembre de 1846, condenó solemnemente la "nefanda doctrina del llamado comunismo, tan contraria al derecho natural; la cual, una vez admitida, llevaría a la radical subversión de los derechos, bienes y propiedades de todos y aun de la misma sociedad humana". León XIII, en la "Quod Apostolici Muneris", del 28 de diciembre de 1878, definió el comunismo como "mortal pestilencia que se infiltra en las articulaciones más íntimas de la sociedad humana y la pone en peligro de muerte". Y más tarde, en la "Rerum Novarum", del 10 de mayo de 1891, propuso la doctrina social católica como único remedio eficaz para evitar el peligro comunista. Pío XI, en 1924, cuando una misión de socorro enviada por él mismo volvía de la Unión Soviética, dirigió una alocución al mundo entero contra el comunismo. Después en las Encíclicas "Miserentissimus Redemptor", "Caritate Christi", "Acerbi animi" y "Dilectissima Nobis", el Pontífice levantó su enérgica voz para protestar públicamente y solemnemente contra las persecuciones desencadenadas en Rusia, Méjico y España. Y cuando los amargos frutos del comunismo se multiplicaban espantosamente, se creyó en el deber de publicar un documento solemne, y el día 19 de marzo de 1937 dió al mundo la Encíclica "Divini Redemptoris" sobre el comunismo ateo, denunciándolo, según hemos visto, intrínsecamente malo, y como la persecución más violenta contra la Iglesia, como síntesis de todas las herejías, como portador de barbarie y como el peligro máximo para la sociedad y el cristianismo. Pío XII, en contraposición a la ceguera, incomprensión y cobardía de muchos gobernantes, sigue anunciando día tras día la inminencia del peligro comunista, mostrando, a la vez, los remedios para conjurarlo.

3º EL SIONISMO

Con el final de la primera guerra europea comenzó la Edad de Oro del Sionismo y tomó cuerpo la fundación del Estado judío en Palestina. La inmigración, las numerosas Empresas industriales, la repoblación forestal, se encargarían de cambiar la faz árabe de Palestina y hacerla judía. A pesar de las dificultades de diferente género, entre las cuales, la implacable resistencia de los árabes, el hecho es que el Estado de Israel existe *de hecho* desde 1947 y ha sido reconocido por muchos Gobiernos. El judaísmo sionista tiene ya su trono en Palestina, aunque levantado a fuerza de oro, de sangre e injusticia. Desde allí podrá inspirar y dirigir al judaísmo mundial con miras al establecimiento de un reino universal, en el que Israel sea el que mande y ordene.

Que ése sea el ideal sionista aparece claro del juicio emitido por Zolli, antiguo rabino de Roma, convertido recientemente al catolicismo: "Precisamente ellos (los sionistas) —dijo él— han contribuido a que abandonara el hebraísmo. En estos cincuenta años el judaísmo ha evolucionado. La antigua fe mesiánica se ha convertido en nacionalismo. Muchos sionistas no esperan ya un Mesías personal, sino que dicen: *El Mesías somos nosotros*".

Es lo que se afirma en la "Teología sistemática del judaísmo" por Kaufmann Kohler: "El título de Mesías se ha conferido, de ahora en adelante, al pueblo de Israel, a él mismo: Israel, el Mesías doliente, vendrá a ser, al final de los tiempos, el Mesías de los pueblos, vencedor y coronado".

El Sionismo, con su exagerado nacionalismo, siguiendo la consigna de Hirsch, en su afán de hacer reinar en el mundo "la razón, la ley verdadera y nacional, sacada de las fuentes del espíritu", acaricia la idea de una futura unidad permanente de la sociedad universal, y siembra doctrinas, que substancialmente niegan toda dependencia del hombre con Dios y son, al propio tiempo, el más poderoso corrosivo de todos los valores espirituales que inyectó en los individuos y en las naciones el Cristianismo.

Siendo éstos los ideales del Sionismo, aunque diabólico, es muy lógico que su afán sea hacer desaparecer de la tierra la Iglesia, verdadero reino universal, obra de Jesucristo. La misma revolución rusa, que ha implantado el comounismo, el rival del Cristianismo, fué lanzada y fomentada por influencias netamente sionistas. De hecho, el judío Schiff hizo una declaración pública en abril de 1947, diciendo que "gracias a su apoyo financiero había tenido éxito la revolución rusa". El rabino Judas Magnes, íntimo y confidente de Schiff, el 24 de octubre de 1918, "declaró públicamente que era bolchevique, y que estaba del todo conforme con su doctrina y su ideal". Triunfante la revolución, los elementos judíos escalaron los cargos principales del Gobierno y la Administración.

En 1919, entre los comisarios del pueblo se contaban cuarenta y tres de ascendencia judía. La mayor parte de puestos en casi todos los restantes organismos gubernamentales y en la Prensa eran judíos.

No es aventurado afirmar que los sionistas, por razón e ideales, vienen tramando, con una constancia digna de mejor causa, sus metódicos planes, cuyo último objetivo ha de ser, según ellos, la dominación total del mundo.o La creación del Estado de Israel en Palestina, que inicia ese dominio universal sionista, se ha inaugurado con la expoliación de las iglesias, la profanación sacrílega de las imágenes sagradas, especialmente de Jesucristo y de la Virgen, y la opresión de las instituciones cristianas.

CONCLUSION

San Pablo escribió a Timoteo [4]: "Vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina... y cerrarán sus oídos a la verdad y los aplicarán a las fábulas". San Juan nos habla en su "Apocalipsis" [5]: "De la gran ramera con la cual se amancebaron los potentes de la tierra y con el vino de su torpeza están emborrachados los que habitan la tierra".

En nuestros días son los masones, los comunistas y los sionistas los que, no pudiendo sufrir la sana doctrina de la religión católica, han cerrado los oídos a la verdad, y se han aliado con la meretriz que, sentada sobre la bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, lleva en su mano la tara de la inmundicia y de sus abominaciones, y se embriaga con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús [6]. Es verdad: los masones, los comunistas y los sionistas luchan encarnizadamente contra Jesucristo y su Iglesia; ellos, emisarios de Satanás, se empeñan en extender el reino del mal y del error y destruir el reino del bien y de la verdad. No temamos, a pesar de sus triunfos y conquistas, la victoria será, según la profecía de San Juan [7], de Aquel que sentado sobre el caballo blanco y que se llama *Fiel y Veraz*, empuña la espada de dos filos para herir a los que combaten contra El, y tiene escrito en sus vestiduras: "Rey de los Reyes y Señor de los Señores". La victoria será de Jesucristo y de su Iglesia.

No temamos; pero, entretanto, como aconsejaba San Pablo a su discípulo Timoteo [8]: estemos vigilantes en todas las cosas, soportemos las aflicciones con valentía, luchemos con esfuerzo, defendamos nuestras creencias, cumplamos nuestros deberes cristianos, vivamos según nuestros dogmas católicos.

1 "De Civit. Dei", lib. XIV, c. 17.
2 San Juan, 15, 12; 13,35.
3 S. Marcos, 16,16.
4 Segunda Ep. 4,3 y 4.
5 Cap. 17, 2 y 3.
6 Apocalipsis, cap. 19.
7 Apocalipsis, cap. 19.
8 Segunda Ep. 4, 5.

A NUESTROS LECTORES

Avisamos a nuestros lectores que **PRESENCIA** *dejará de aparecer durante los meses de enero y febrero de 1951. Al hacer votos de felicidad cristiana para la próxima Navidad y para el año entrante, nos despedimos hasta el viernes 9 de marzo. Este breve descanso nos ha de permitir recobrar fuerzas para emprender las grandes luchas que sin duda nos aguardan en 1951.*

INDICE DE 1950

Ilustraciones.

Ideó y compuso la portada Juan Antonio Ballester Peña, a quien pertenecen todas las ilustraciones que se han publicado durante el año, excepto las de las páginas 2 y 3 de los números 29 y 43, que corresponden a Alfredo Bugallo.
El diagramado de la revista estuvo a cargo de Augusto Falciola.

SUMARIO

